

# Un misterio para los Siete Secretos

Enid Blyton



Lectulandia

«Este caso sólo puede resolverlo el Club de los Siete Secretos», dice el padre de Peter mientras le muestra el periódico donde se habla de una niña que huyó de su casa tras llevarse dinero del colegio. Su nombre es Elizabeth Sonning y su foto está junto a la noticia. Peter y Janet se apresuran a convocar a los demás a una reunión, y juntos estudian el caso: los padres de Elizabeth viven en el extranjero, ella reside con su tía, tiene una abuela en Belling, y es aficionada a los caballos. Los Siete Secretos deciden investigar y descubren a un mozo de cuadra que vio a Elizabeth coger un tren para Londres. Pero entonces... ¿Quién entra cada noche a escondidas en casa de la abuela? ¿Cuál es la solución de este misterio?

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Un misterio para los Siete Secretos**

**Siete Secretos - 9**

ePub r1.1

Titivillus 19.08.15

Título original: *Secret Seven mystery*

Enid Blyton, 1957

Traducción: Federico Ulsamer

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# UN MISTERIO PARA LOS SIETE SECRETOS

by  
Enid Blyton

*Illustrated by Burgess Sharrocks*

C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la novena novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

*El Club de los Siete Secretos.*

*Una aventura de los Siete Secretos.*

*¡Bien por los Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos sobre la pista.*

*Un misterio para los Siete Secretos.*

*¡Adelante, Siete Secretos!*

*¡Buen trabajo, Siete Secretos!*

*El triunfo de los Siete Secretos.*

*Tres «hurras» para los Siete Secretos.*

*Un rompecabezas para los Siete Secretos.*

*Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.*

*Los formidables chicos del Club de los Siete.*

*Un susto para los Siete Secretos.*

*¡Cuidado Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos se divierten.*

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

*Enid Blyton*  
=



## Una noticia interesante

Peter y Janet tomaban el desayuno con sus padres. Era una hermosa mañana de primavera. *Scamper*, el perro leonado de raza *spaniel*, estaba echado debajo de la mesa, como de costumbre.

Peter empezó a decir:

—Oye, papá...

Pero su madre le interrumpió:

—Tu padre está leyendo el periódico, Peter. No lo molestes.

El padre bajó el periódico sonriendo.

—Si los Siete Secretos —dijo— quieren hacer algo útil, ahora se les ofrece la ocasión. Acabo de leer una noticia que puede ser de gran interés para vosotros.

Janet soltó la cucharilla y le dirigió una mirada interrogadora. Peter le preguntó con vehemencia:

—¿De qué se trata, papá?

El padre volvió a leer la noticia, y explicó:

—Se trata del caso de una niña que ha huido de su casa. Se apoderó de un dinero que su maestra tenía guardado en su mesa, y cuando la policía fue a interrogar a su tía, vieron que la niña se había marchado de la casa.

—Pero ¿qué puede hacer nuestro club en este caso? —preguntó Peter.

El padre volvió a desplegar el periódico.

—Escuchad: voy a leeros la noticia palabra por palabra. «Elizabeth Sonning, acusada de haber robado cierta cantidad de dinero de la mesa de su maestra, desapareció de su casa. Vivía con una tía suya. Se fue solamente con la ropa que llevaba puesta: su uniforme y su sombrero de colegiala. Se sabe que la niña tiene un hermano en Francia y que sus padres están también en el extranjero».



El padre de Peter levantó la vista del periódico y dijo a sus hijos:

—Esto es lo más interesante. Escuchad: «Alguien vio a Elizabeth aquella misma

tarde en Belling. Tal vez se dirigía a casa de su abuela, que vive en este pueblo». Belling es el pueblo de al lado —dijo Janet.

Y preguntó a su padre:

—¿Crees que el Club de los Siete Secretos podría descubrir el paradero de Elizabeth, papá? Yo sí que lo creo. ¿Se sabe cómo es esa niña?

—Sí, aquí hay una fotografía de ella. Y le entregó el periódico.

—La reproducción es defectuosa —añadió, pero la niña aparece con su uniforme de colegiala y esto podría facilitaros la investigación.

Peter y Janet examinaron la fotografía. Vieron una niña algo mayor que ellos, con una cabellera sedosa y abundante, y de expresión simpática y alegre. La deficiencia de la reproducción no impedía advertir que era muy linda.

«No puede ser simpática si ha robado y ha huido», se dijo Janet.

Seguidamente, preguntó a su padre:

—¿Se sabe la dirección de su abuela en Belling?

—Aquí no lo dice —repuso el padre, desplegando el periódico de nuevo—. Tendréis que leer el diario de la tarde para ver si da más detalles. Si esa niña fue a casa de su abuela, no cabe duda de que la encontrarán en seguida. Pero tal vez esté escondida en otra parte, y en ese caso, vosotros podéis buscarla. Estoy seguro de que daréis con ella, se encuentre donde se encuentre.

—Yo también estoy seguro —afirmó Peter—. El Club de los Siete Secretos lleva ya algún tiempo sin hacer nada útil. Nos reuniremos mañana. Es una suerte que sea sábado.

Aquella misma tarde, Janet escribió las convocatorias para los otros cinco miembros del club. La nota decía:

*«Estimado consocio del C. S. S.:*

*»Mañana sábado, a las diez en punto de la mañana, habrá reunión en el cobertizo. Son indispensables la insignia y la contraseña».*

Peter las firmó y, acto seguido, él y su hermana montaron en sus bicicletas y fueron a repartirlas. *Scamper* los acompañó, trotando al lado de las bicicletas. Los dos hermanos experimentaban una agradable agitación. Tal vez no llegaran a emprender la nueva aventura, pero al menos tendrían un tema sobre el que conferenciar y trazar proyectos.

—Cuando volvamos, compraremos el periódico de la tarde para ver si dice algo más de Elizabeth Sonning —dijo Peter.

Y cuando regresaban, se detuvieron en un puesto de periódicos y compraron uno. Inmediatamente lo desplegaron y recorrieron con la vista sus páginas en busca de alguna nueva noticia sobre la niña que había huido de su hogar. Al fin encontraron un título que decía:



---

## «NIÑA DESAPARECIDA»

---

—¡Aquí está! —dijo Peter, emocionado.

Y leyó—:

«Se ignora el paradero de Elizabeth Sonning. Su abuela dice que no la ha visto. El que vea a una niña cuyas señas coincidan con las que damos a continuación, debe avisar inmediatamente a la policía».

—¡Qué suerte, Janet! —exclamó Peter—. La descripción que dan de la niña es muy detallada. La leeremos en la reunión de mañana.

—¡Eso! —aprobó Janet—. ¡Ánimo, *Scamper*! Tenemos que llegar pronto a casa y habrás de correr tanto como nuestras bicicletas.



*Scamper* les siguió, resoplando y jadeando, mientras sus largas y sedosas orejas bajaban y subían como alas. Él no era miembro del club, pero tenía puesto en la sociedad, ya que asistía a todas las reuniones.

—¿Cuál es la contraseña, Peter? —preguntó Janet mientras guardaban las bicicletas—. ¡Hace ya tanto tiempo que no nos reunimos!...

—Pues a mí nunca se me olvida —repuso Peter—. No te la puedo decir, pero te daré una pista. Piensa en un cordero y eso te refrescará la memoria.

—¿Cordero? —dijo Janet, pensativa—. Esto me hace pensar en una ovejita, en la canción «María tiene una oveja», en las chuletas a la parrilla... ¿Es alguna de éstas?

—No —repuso Peter con una sonrisita burlona—. Procura recordarla, pues mañana la habrás de decir si quieres tomar parte en la reunión.

## La reunión

—¿Te acordaste al fin de la contraseña? —preguntó Peter a Janet a la mañana siguiente, cuando los dos estaban preparando el cobertizo para la reunión.

—No, no he conseguido recordarla. Anda, dímela: no quiero dejar de asistir a la reunión... Me he repetido mil veces la palabra «cordero» y lo único que me ha venido a la imaginación es lo que ya te dije. ¡Por favor, Peter, dime la contraseña!

—¡No y no! —replicó resueltamente Peter—. Siempre la olvidas y es necesario que te dé una lección. No te permitiré participar en la reunión como no digas la contraseña.



Tras un breve silencio le dijo:

—Ve a preguntarle a la cocinera si puede darnos algunas de aquellas pastitas que hizo la semana pasada.

—Yo no voy —replicó Janet, enfurruñada.

—Ten en cuenta que soy el jefe. Por lo tanto, has de obedecerme.

Aunque de mala gana, Janet cumplió la orden. Temía que su hermano cumpliera su amenaza de no permitirle asistir a la reunión. ¡Era tan intransigente en cuanto al cumplimiento de las reglas!

Cuando Janet entró en la cocina, la cocinera no estaba. En la mesa había un plato de chuletas y Janet las miró frunciendo el ceño.

—Cordero... —murmuró—. Dios mío, ¿qué será lo que esta palabra ha de recordarme?... No tengo ni la menor idea... ¡Ah, aquí viene la cocinera! —Y le preguntó levantando la voz—: Oye, ¿podrías darme algunas de aquellas tortitas de

jengibre que hiciste la semana pasada?... ¿Pero qué es eso que traes? ¡Ah, es menta! Déjame olería. Me encanta el olor de la menta. De buena gana lo llevaría en el pañuelo.

—He de hacer salsa de menta para las chuletas —dijo Cook—. Precisamente ahora iba a...

—¡Salsa de menta! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Es la contraseña! ¡Qué tonta he sido!

De pronto se puso seria y se quedó mirando a la cocinera fijamente.

—Se me ha escapado —se lamentó—. Nos está prohibido decir la contraseña a personas que no pertenezcan al club. Te suplico que no vuelvas a acordarte de lo que acabo de decir.

—Pero ¿qué dices, criatura? ¡Que me aspen si he entendido una sola de tus palabras!

Fue a la despensa y volvió con la caja de pastas de jengibre.

—Toma. Puedes llevártelas todas, pues estoy haciendo más.

—¡Gracias, Cook! —exclamó alegremente Janet.

Echó a correr hacia el jardín con la caja debajo del brazo. Cuando ya estaba cerca del cobertizo, empezó a gritar:

—¡Salsa de menta! ¡Salsa de menta! ¡Salsa de menta!

Peter abrió la puerta y le dirigió una mirada furibunda.

—¿Te has vuelto loca? ¡Decir a gritos la contraseña para que se entere todo el mundo! En fin, me alegro de que te hayas acordado de la salsa de menta.

—Tuve suerte, Peter. La cocinera llegó de pronto con la menta para hacer la salsa... ¡Qué pillo eres, *Scamper*! Ya sabes que traigo pastitas de jengibre, ¿verdad? No temas, habrá una para ti... Oye, Peter, ya son casi las diez.

—Ya lo sé, ya lo sé. Estoy preparado... Ahora vamos a ver si hay asientos suficientes... Tú, Janet, tendrás que sentarte sobre esa gran maceta: el jardinero debe de haberse llevado uno de los siete cajones.

*Scamper* empezó a ladrar.

—Alguien llega —dijo Peter—. Haz el favor de cerrar la puerta, Janet. Tenemos que preguntar la contraseña.

Sonaron dos golpes en la puerta. «Pom, pom».

—Contraseña —exigió Peter.

—Salsa de menta —respondieron dos voces a la vez.

—Que pasen —decidió Peter.

Janet abrió la puerta. Eran Colín y Jorge.

—¡Hola! —exclamó Peter—. Así me gusta: habéis sido puntuales.

Nuevos golpes en la puerta. «Pom, pom».

—¡Contraseña! —dijo Peter.

Se oyó una voz tímida a través de la cerradura.

—No me acuerdo; pero soy Pamela. Por lo tanto, podéis dejarme entrar.

—De ningún modo —repuso Peter severamente—. Ya conoces nuestras reglas.

—¡Piensa en las chuletas de cordero! —le dijo Janet antes de que Peter pudiera hacerla callar.

Se oyó una risita de niña tonta.

—¡Ah, sí! ¡Salsa de menta!

Janet abrió. Peter la miró enfadado.

—No has debido insinuar la contraseña a Pamela.

—Pues bien me la has insinuado tú a mí —replicó al punto Janet—. Me has dicho que pensara en un cordero. ¿Verdad que me lo has dicho?

—Llega alguien más —dijo Peter, con evidente deseo de cambiar de conversación.

Sonaron por tercera vez dos golpes en la puerta y dos voces dijeron:

—Salsa de menta.

—Que pasen —dijo Peter.

Y entraron Bárbara y Jack.

*Scamper* les dispensó un alegre recibimiento. Seguidamente, todos se sentaron y miraron expectantes a Peter.

—¿Alguna novedad interesante? —preguntó Jack ávidamente.

—Sí —repuso el jefe del club—. Pero dime, Jack, ¿dónde está tu hermana? ¿No nos estará espiando? Ten en cuenta que esta reunión es muy importante.

—No hay nada que temer. Se ha ido de compras con mi madre y ni siquiera sabe que teníamos reunión. Por lo tanto, podemos estar seguros de que no andará acechando por estos alrededores.

—Aquí tenéis pastas de jengibre —ofreció Janet, entregándoles la caja, que fue corriendo de mano en mano.



Después de toser para dar más importancia a la cosa, Peter dijo:

—Se trata de un asunto que, según mi padre, sólo puede resolver nuestro club. Os lo contaré todo para que os deis cuenta de su importancia. Una niña ha huido de su casa después de robar algún dinero a su maestra. Luego se la vio en Belling, donde vive su abuela. Pero la nieta no fue a visitar a la abuelita.

—Comprendido —dijo Jack—: los «Siete Secretos» se encargarán de buscar y encontrar a esa niña. Me parece muy bien. Debemos demostrar que sabemos hacer las cosas... ¿Cómo es esa niña, y cuáles son tus planes, Peter?

—Precisamente para tratar de eso nos hemos reunido —repuso el jefe del club—. Ahora, un poco de atención.



## Elizabeth, tema principal de la conferencia

Peter lo explicó todo claramente.

—El nombre de la niña es Elizabeth Sonning. Sus padres viven en el extranjero. Ella está interna en un colegio, pero su domicilio es la casa de una tía suya, adonde va a pasar los fines de semana. También tiene un hermano, que está en Francia. Se la acusó de haber robado un dinero de la mesa de su profesora, y cuando la policía fue a hablar del asunto con su tía, Elizabeth huyó.

—¿Cómo va vestida? —preguntó Pamela.

—Con un uniforme de colegiala —repuso Peter—, como podéis ver en esta fotografía. El abrigo es azul marino y de forma corriente. El sombrero, de fieltro, también azul marino, y adornado con las cintas del colegio. Medias y zapatos, los propios de las colegialas. Aquí dice que llevaba debajo del uniforme uno de esos vestidos de blusa blanca que usan las niñas para hacer gimnasia. En resumen, que va vestida como Janet, Pamela y Bárbara cuando van al colegio.

—Tal vez se llevó alguna ropa más —supuso Jack—; el abrigo de los domingos, por ejemplo.

—No —dijo Peter—: según dice su tía, no se llevó más ropa que la puesta. Y no hay duda de que esta señora habrá repasado cuidadosamente todos los armarios. Mejor para nosotros, pues sería más difícil reconocerla si no llevase el uniforme.

—Lee su descripción, Peter —pidió Janet—. Va en el periódico de ayer por la tarde.

—¡Ah, sí! —recordó Peter—. Aquí tengo el periódico. Escuchad:

«Se puede reconocer a la niña por su suave y oscuro cabello y sus ojos castaños, de mirada penetrante. Tiene una cicatriz en un brazo. Es alta y robusta, gran nadadora y aficionada a los caballos».

—Eso es todo —dijo finalmente Peter—. ¿Creéis que la reconoceríais si la vierais?

—Tal vez —repuso Colín, no muy seguro—. ¡Hay tantas niñas que tienen el pelo suave y oscuro y los ojos castaños! Si llevase manga corta, podríamos, por lo menos, verle la cicatriz del brazo; pero estoy seguro de que precisamente eso es lo que ella tendrá más cuidado en ocultar.

—¿Qué plan seguiremos para buscarla? —preguntó Jorge—. Podríamos ir a Belling en bicicleta y recorrer el pueblo de un extremo a otro.

—Eso hay que estudiarlo —dijo Peter—. Yo creo que yendo por las calles en bicicleta no adelantaremos nada. Seguramente, Elizabeth estará escondida y de día no saldrá a la calle. Sin duda preferirá quedarse en la cima.

—Pero ¿dónde se esconderá? —preguntó Pamela.

—Si lo supiéramos, no habría problema —repuso Peter, mientras pensaba que Pamela demostraba a veces ser bastante tonta—. Procura discurrir, Pamela. ¿Dónde te esconderías tú si te escaparas de tu casa?

—En un granero —contestó Pamela.

—Pues yo en el bosque —dijo Jorge—, debajo de un macizo de arbustos de espeso ramaje.

—¡Guau, guau, guau! —Ladró *Scamper*, moviendo la cola.

¿Qué quieres decir —preguntó Peter—, que te esconderías en una perrera? Gracias, *Scamper*; nos has dado una idea.

Todos se echaron a reír. *Scamper* les miró agradecido.



—Desde luego —dijo Peter—, a mí me parece que debemos explorar Belling y sus alrededores. Si la policía ha visto a Elizabeth en Belling, lo más probable es que esté escondida en el mismo pueblo o en algún lugar cercano. La policía debe de haberla buscado ya detenidamente; pero nosotros podemos hacer este trabajo mejor que ellos, porque somos niños y, pensando dónde nos esconderíamos nosotros, nos será más fácil dar con el escondrijo de ella. Las personas mayores suelen olvidarse de lo que hacían cuando eran niños.

—Sí, lo olvidan —asintió Jorge—; pero yo no lo olvidaré; he decidido no olvidarlo. ¿Qué se sabe de su abuela, Peter? Uno de nosotros debe ir a verla, ¿no creéis? Tal vez nos diga algo que nos interese.

Peter estuvo un momento reflexionando.

—Sí —dijo—, parece una buena idea.

—Yo no voy —advirtió al punto Pamela—. No sabría qué decir a esa señora; me quedaría en pie ante ella como una tonta.

—No sería la primera vez que te quedaras así —dijo Colín.

Pamela le miró furiosa.

—¡Pues mira que tú!... —Pero Peter cortó la disputa.

—¡Silencio los dos! Jack y yo nos encargaremos de eso. ¿Y sabéis lo que podemos hacer además?

—¿Qué? —Preguntaron todos.



—Dicen que Elizabeth es aficionada a los caballos. Podríamos ir a los dos o tres picaderos que conocemos y preguntar si han visto por allí a alguna niña de sus señas. A lo mejor, incluso ha pedido trabajo en alguno de ellos.

—¡Bien pensado! —exclamó Janet con vehemencia—. Por lo visto, no nos faltará trabajo.

—Sería conveniente —dijo Colín— que cada uno de nosotros se encargara de explorar un sector del pueblo y sus alrededores. No es prudente que vayamos todos juntos: espantaríamos la caza y, además, no podríamos cubrir todo el terreno. ¿En qué sitios tenemos que investigar, Peter?

—Eso os lo ha de decir vuestro sentido común —respondió Peter—. Yo registraría todo aquello que me pareciera un buen escondrijo: una choza vacía, una caseta abandonada, cualquier rincón enmarañado del bosque, graneros, cobertizos... ¡incluso los gallineros!

—¡Guau, guau, guau! —Volvió a ladrar *Scamper*.

—De acuerdo, *Scamper*, también hay que registrar las perreras. Pero de eso ya te encargarás tú.

Y Peter añadió:

—Tenemos dos horas de tiempo, que son las que faltan para la comida. Jack y yo iremos a casa de la abuela de Elizabeth; vosotros habréis de decidir hacia dónde os encamináis. A las dos y media en punto, todos de vuelta. ¡Andando, amigos!

## Ropa usada para la señora Sonning

Peter y Jack salieron juntos del cobertizo.

—¿Sabes la dirección de la abuela de Elizabeth? —preguntó Jack.

—No, pero como sé que su apellido es Sonning, es decir, el mismo que el de su nieta, podremos buscar la dirección en el listín de teléfonos.

—¡Buena idea! —exclamó Jack—. Y cuando sepamos la dirección, nos iremos a Belling en bicicleta.

Se encaminaron a la puerta de la casa y entraron. Peter empezó a buscar en el listín de teléfonos el apellido Sonning.

—¿Qué buscas, Peter? —le preguntó su madre, apareciendo por la puerta—. ¿Algún número que no encuentras?

—El número que busco —respondió Peter— es el de la abuela de la niña desaparecida. Por lo visto, no está en el listín.

La buena señora miró alarmada a su hijo.

—Sería una incorrección que le telefonaras para hacerle preguntas sobre su nieta.

—No es eso lo que quería decir, mamá. Estaba buscando su dirección para ir a su casa con Jack.

Entonces ocurrió algo inesperado. La madre de Peter dijo:

—Yo sé dónde vive. Se dedica a recoger ropa usada para una institución benéfica de Belling. No hace aún una semana que me escribió preguntándome si le podía enviar algunas prendas de vestir desechadas.

Peter lanzó una exclamación.

—¡Oh, mamá! ¡Qué oportunidad para nosotros! ¿No podríamos llevarle alguna ropa de tu parte? Nadie mejor que ella puede darnos la pista de su nieta Elizabeth. Nuestro club ha decidido buscar a esta niña, Recuerda que papá nos lo sugirió.

—¡Ya salió el Club de los Siete!... Bien; os daré unos paquetes de ropa para que se la llevéis de mi parte. Pero tenéis que ser discretos: si veis que ella no quiere hablar de su nieta, nada de importunarla con preguntas.

—Descuida, mamá. Nos portaremos como niños bien educados, te lo aseguro. ¿Tienes ya preparada la ropa?

—Sí, está en aquellas dos cajas. Sujetadlas bien en el portapaquetes de vuestras bicicletas. La dirección de la señora Sonning es «Villa Bramble, Blackberry Lane».

Los dos muchachos se apresuraron a llevarse las dos cajas y las ataron en los portapaquetes.

—¡Qué suerte la nuestra! —exclamó Peter—. Ahora tenemos una magnífica excusa para visitar a esa señora.

Y partieron en sus bicicletas, acompañados de *Scamper*, que trotaba al lado de ellos echando el bofe. Pronto llegaron a Belling. Sin pérdida de tiempo, preguntaron por Blackberry Lane.

Era un camino estrecho y tortuoso, con tierras de cultivo a un lado y un bosque al otro. Al final estaba «Villa Bramble». Era un bonito chalé con un jardín lleno de alhelíes y tulipanes y con las blancas paredes cubiertas de enredaderas.

—Aquí es —dijo Peter, leyendo el rótulo que había sobre la verja—. Coge las cajas de ropa, Jack.

Atravesaron el jardín con las dos cajas de cartón y llamaron al timbre que había al lado de la puerta de la casa. Pronto oyeron pasos que se acercaban. La puerta se abrió y se encontraron ante una joven que los miraba con curiosidad.

No podía ser la abuela. De eso no había duda. Peter se quitó la gorra respetuosamente.

—Traemos estas cajas de ropa para la señora Sonning. ¿Podríamos hablar con ella? Tengo que darle un recado de mi madre.

—Entrad —dijo la joven.

Les hizo pasar a un pequeño recibidor y los invitó a dejar las cajas.

—La señora Sonning —siguió diciendo— no puede recibirlos; no se encuentra bien; está en cama. Yo soy Emma Wardle, su señorita de compañía. Ya le diré que habéis traído este donativo.



Peter aprovechó la ocasión para decir:

—Supongo que la habrá trastornado lo de su nieta. Mi madre también ha sentido mucho lo ocurrido.

—¡Claro que está preocupada! —confesó la señora Wardle—. Quiere mucho a Elizabeth y está deseando verla. Ni ella ni yo creemos que haya robado nada. Eso es una patraña absurda.

—¿Entonces, conoce usted a Elizabeth? —preguntó Peter.

—¿Que si la conozco? Casi desde que nació. Es la niña más recta, simpática y buena que he conocido. Un poco traviesa a veces; pero eso es natural. ¡Pobre criatura! No puedo imaginármela escondida y huyendo de la gente.

Jack intervino.

—Dicen que la vieron por estos contornos. ¿Cree usted que puede estar escondida cerca de aquí?

—Sí —y la señorita Wardle añadió, bajando la voz—: Es más: creo que ha estado en esta casa. No le he dicho nada a la señora Sonning para no aumentar sus preocupaciones, pero anoche desaparecieron algunas tartas, un pastel de carne, una caja de galletas y una manta del cuarto del fondo.

Peter miró a Jack como diciéndole: «¡Esto son noticias!». Era evidente que Elizabeth rondaba por allí.

—¿Qué motivos cree usted que puede tener —preguntó Peter— para ocultarse en vez de venir a casa del su abuela y quedarse a su lado a la vista de todo el mundo? Las personas sólo suelen esconderse cuando han cometido algún delito, y usted ha dicho que no cree que Elizabeth haya robado el dinero que desapareció de la mesa de su profesora.

—Desde luego —dijo la señorita Wardle—, yo no lo puedo creer. Pero resulta que el dinero desaparecido se encontró en su armario. Y ya me diréis qué habríais hecho vosotros en un caso así.

—¿Quién es, Emma? —preguntó de pronto una voz procedente del piso—. ¿Es alguien que trae noticias de Elizabeth?



Emma Wardle dijo a los niños:

—¡Es la señora Sonning! ¡Marchaos! Y echó a correr escaleras arriba.

—Ya nos podemos ir —dijo Peter a Jack—. Hemos reunido una buena cantidad de datos. El lunes procuraremos obtener algo más. Buscaré otras ropas usadas, se las traeré a la señorita Wardle y tal vez ella nos dé alguna nueva noticia: otro pastel que desaparece, otra manta que no se encuentra... ¡Vamos, *Scamper*! Hemos aprovechado el tiempo.



## Pamela y Bárbara cumplen su misión

¿Qué habían hecho los otros entre tanto? Pamela y Bárbara habían aprovechado bien el tiempo. Se habían propuesto explorar el bosque y los prados de la parte este de Belling, mientras los muchachos y Janet recorrían otras zonas de los alrededores.

—¡Mira, Pamela! —exclamó Bárbara—. En lo alto de la loma de ese campo cercado hay un viejo cobertizo. Acerquémonos a ver si hay alguien dentro.

Dejaron las bicicletas al lado de la puerta de la valla y subieron al cobertizo. Todo él estaba sólidamente restaurado. Hallaron la puerta cerrada.

—¡Qué mala pata! —se lamentó Pamela—. Me gustaría saber por qué lo han cerrado. Generalmente, estos cobertizos se dejan abiertos. ¿Cómo podríamos ver lo que hay dentro?

—Ahí hay un ventanillo —respondió Bárbara—, pero está demasiado alto para que nos podamos asomar. Miraremos por la cerradura.

Pero por la cerradura no pudieron ver nada, pues la oscuridad era absoluta en el interior. Tendrían que mirar por el ventanillo. Pamela fue por su bicicleta, dijo a Bárbara que la sujetase y se dispuso a ponerse de pie sobre el sillín. Pero en ese momento oyó un grito que la sobresaltó. Pamela perdió el equilibrio y cayó de la bicicleta.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí?

Las dos se volvieron y se encontraron ante un campesino que conducía un caballo. Como no se le ocurrió ninguna excusa, Pamela dijo la verdad.

—Sólo queríamos ver lo que hay dentro de este cobertizo; no hacíamos nada malo.

—Me sirve para guardar mis herramientas. ¿Estáis ya satisfechas, fisgonas, más que fisgonas? Si fuerais chicos, os daría una buena paliza.





Las dos niñas echaron a correr tan velozmente como se lo permitían sus piernas. Pamela saltó a su bicicleta y se lanzó por el camino sin tener en cuenta los baches.

—¡Uf! ¡Qué mal genio tiene ese tipo! —comentó Bárbara cuando alcanzó a Pamela.

Las dos pedaleaban animosamente. Pamela repuso:

—Si encontramos otro cobertizo, tendremos que tener más cuidado. ¡Mira! Allí hay un remolque de caravana abandonado. ¿Lo ves? ¡Un estupendo escondite! Toda cautela es poca, Bárbara. Paremos aquí. Yo me quedaré vigilando, mientras tú te acercas al remolque para ver lo que hay dentro. ¡Adelante!

Y Pamela se quedó de guardia no lejos del viejo y sucio carro que daba la impresión de no haber sido utilizado desde hacía mucho tiempo, mientras Bárbara se acercaba al vehículo sigilosamente, subía la escalerilla que había en su parte trasera y exploraba el interior. Dando muestras de agitación, llamó a Pamela.

—¡Ven y verás! ¡Aquí vive alguien! Hay dos mantas sucias y una taza y un plato de aluminio.

Pamela se acercó y subió la escalerilla.

—¡Uf! —exclamó al punto, tapándose la nariz—. ¡Qué pestilencia! Vámonos, Bárbara. Jamás te esconderías tú aquí, ¿verdad? Pues tampoco se ocultaría Elizabeth. ¡Me dan mareos!

—Tienes razón: preferiría dormir en una acequia que pasar la noche aquí. Haz el favor de no marearte, Pamela; piensa que tenemos que seguir investigando. Cuantos más informes demos en la reunión de esta tarde, mejor.

Ante este argumento, Pamela decidió no marearse. Las dos niñas volvieron a montar en sus bicicletas y siguieron su camino, mirando atentamente en todas direcciones por si descubrían algún otro posible escondrijo.



Pero lo único que vieron fue la caseta de un peón caminero. Ni siquiera se detuvieron ante ella, pues el empleado estaba sentado a la entrada.

—¿Y si fuéramos a alguno de los bosques que hay por aquí? El de Thorney-Copse es el más espeso. Podríamos ir a echar un vistazo. Todavía tenemos una hora de tiempo.

Fueron a ese bosque y dejaron las bicicletas apoyadas en dos árboles.

—No hay que hacer el menor ruido —dijo Pamela en voz baja—. Ve tú en esa dirección y yo iré en esta otra. Si encuentras algo interesante, silba dos veces.

Con paso silencioso se internó en la arboleda. Cuando veía un arbusto de bajo y tupido ramaje, miraba detrás de él y debajo de sus ramas. Pero no halló nada interesante: solamente la funda de un paquete de cigarrillos. Bárbara encontró un pañuelo sucio con las Iniciales J. P. Las dos comprendieron que sus hallazgos no tenían ningún valor. En cambio, ¡qué impresión habrían recibido si las iniciales del pañuelo hubieran sido E. S.!

De pronto, Pamela se asió al brazo de Bárbara, que se estremeció, sobresaltada, y le susurró al oído:

—No te muevas; alguien viene. Mira, es una niña.

Las dos se ocultaron en un arbusto y abrieron un pequeño hueco entre las ramas para acechar. Era una colegiala que llevaba un uniforme azul marino. Siguió un sendero que pasaba por detrás del arbusto.

—Quieta —susurró Pamela—; cuando se aleje un poco, la seguiremos. Estoy segura de que es la niña que buscamos.

La colegiala llevaba el sombrero tan encasquetado, que no se le veían los ojos. Inesperadamente, corrió hacia el arbusto y se arrojó sobre Pamela y Bárbara, con tal ímpetu, que poco faltó para que las aplastase. Acto seguido, se echó a reír estrepitosamente.

—¡Pero si es Sussy! —exclamó Bárbara, indignada al reconocer a la temible hermana de Jack—. ¡Quítate de encima! Por poco nos aplastas. ¿Es que te has vuelto loca?

—¡Ja, ja! Es que os vi cómo os escondíais para saltar sobre mí, y he decidido anticiparme.

—No íbamos a saltar sobre ti, ni mucho menos —dijo Pamela.

—Entonces ¿qué hacíais ahí echadas? Decidme, ¿qué hacíais?



## En los picaderos

Pamela y Bárbara dirigieron a Sussy una mirada de rabia. Era muy propio de ella meter la nariz en los asuntos secretos del club.

Pamela se frotó la espalda. ¡Qué golpe me has dado! —exclamó—. Pero te advierto que no conseguirás nada: no podemos decirte ni una palabra.

—Ya sé: en este momento estáis trabajando para el Club de los Siete Secretos. ¿Verdad que sí? Confiésalo. Tenéis entre manos algún nuevo misterio. Estoy segura, porque Jack ha salido de casa sin decirme ni adiós. Explicádmelo todo y os ayudaré.

—¡De ningún modo! —replicó Bárbara, indignada—. Nuestros secretos nos los guardamos para nosotros.

La desesperante Sussy se encogió de hombros.

—Bien; procuraré sonsacárselo a Jack.

Echó a andar, dio un tironcito al ala del sombrero por la parte delantera y se despidió con estas palabras:

—Adiós. ¡Y haced el favor de no volver a echaros en el suelo cuando me veáis!

Cuando Sussy desapareció, Bárbara se apoyó en el tronco del arbusto con un gesto de desaliento.

—Ya sabe que tenemos entre manos otro asunto interesante. Y es tan astuta, que estoy segura de que acabará por saber de qué se trata. A lo mejor, se dedica también a buscar a Elizabeth y nos encontramos con ella.

—Ya es hora de que nos vayamos —dijo Pamela, consultando su reloj—. Sólo tenemos tiempo para echar un vistazo a algunos rincones más.

Continuaron la exploración y encontraron algo que las impresionó profundamente: un árbol de tronco hueco, es decir, un magnífico escondite para Elizabeth, en el caso de que lo hubiera visto.

—Lo tendremos presente —dijo Bárbara—, porque, a lo mejor, lo podemos necesitar nosotras... Y vámonos ya a casita. Lo único que podremos consignar en el parte es lo de Sussy, pero hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano... Me gustaría saber —añadió— cómo le ha ido a Colín. Su misión era explorar los graneros de los alrededores de las fincas.

—Y Jorge y Janet tenían que visitar los picaderos. Un trabajo magnífico. A mí me encantan los picaderos.

Jorge y Janet estaban de acuerdo con Pamela: era un trabajo sumamente agradable. Su primer cuidado fue enterarse de los picaderos que había en el lugar. Resultó que había tres: el de Belling, el de Warner y el de Tiptree.

—Los visitaremos todos —dijo Jorge—. ¿No te parece?

Montaron en sus bicicletas y emprendieron la marcha, con la sensación de que eran dos grandes personajes, por el mero hecho de trabajar para el Club de los Siete Secretos.

Primero visitaron el picadero del señor Tiptree. Janet conocía a Tiptree porque era

amigo de su padre. El dueño del picadero sonrió a los muchachos. Estaba cepillando un caballo cuando los vio.

—Queréis ver mis magníficos caballos, ¿verdad? Mirad aquel potro. Se llama *Estrella de Plata*. Es una verdadera maravilla.

Contemplaron al potro. Realmente, era una preciosidad.

—¡Cómo me gustaría trabajar en un picadero! —exclamó Janet sin poder contenerse—. Aunque sólo fuese los días de fiesta. Señor Tiptree, ¿podría usted dar trabajo a una colegiala?

El profesor de equitación se echó a reír.

—No —repuso—; ya tengo suficiente ayuda con mi mujer y mis dos hijas, que están entusiasmadas con mis caballos. Como ellas hacen todo el trabajo que ya no puedo hacer, no necesito gente de fuera. Éste es el picadero de la familia Tiptree. Lo que no comprendo es que quieras trabajar en él. ¿Es que no te bastan los caballos que tiene tu padre?

—No lo decía por mí —repuso Janet, acariciando al potro—. Lo que quería saber es si usted ha dado alguna vez trabajo a una niña; muchas amigas mías adoran a los caballos y desearían emplearse en un picadero.

Viendo que no podían obtener ninguna información útil del señor Tiptree, Jorge se llevó aparte a Janet y le dijo:

—Vámonos. Estoy seguro de que Elizabeth no habría conseguido trabajar aquí aunque lo hubiese pedido.

—Gracias por habernos enseñado su potro, señor Tiptree —dijo Janet—. Le hablaré de él a mi padre; ya sabe lo mucho que le gustan los caballos.

Montados de nuevo en sus bicicletas, continuaron su recorrido. Jorge sacó el papel donde había apuntado las direcciones de los picaderos.

—Primero debemos ir al picadero de Warner. Está cerca de casa de la abuela de Elizabeth; por lo tanto, es el más apropiado para que esta niña haya tratado de ocultarse o de conseguir trabajo.



—Pues yo no creo que Elizabeth eligiera para esconderse un sitio donde mucha gente podría reconocerla, por estar cerca de casa de su abuelita. Lo natural es que escogiera el picadero Belling, que está en el otro extremo del pueblo. Sin embargo, iremos primero al picadero de Warner.

Empezaron a pedalear cuesta arriba, pues el picadero Warner estaba en lo alto de un cerro. Desde allí se veían numerosos campos de formas y extensiones diversas, que daban la impresión de una inmensa colcha hecha con retazos cosidos unos a otros.

El picadero de Warner era más importante que el de Tiptree, y en él reinaba una intensa actividad cuando los niños llegaron. Entraban y salían caballos con sus jinetes. Nadie se fijó en los muchachos.

—Vamos a recorrer el picadero —dijo Janet—. Y si vemos alguna niña trabajando, la observaremos atentamente.

—Hay que tener en cuenta —advirtió Jorge— que Elizabeth se habría visto obligada a vestir ropas de montar si se hubiera empleado en un picadero. Y ya sabes que ella salió de casa de su tía sin más vestidos que su uniforme de colegiala.

—Pudo pedirlo prestado en el mismo picadero —replicó Janet—; aunque esto no es corriente, es muy posible que lo hiciera... ¡Mira, allí hay una niña! Está limpiando

aquel establo.

Los dos se acercaron y se detuvieron a observar a la niña, que estaba de espaldas y trabajaba concienzudamente.

De pronto se volvió la niña para ir a buscar algo, y Jorge y Janet vieron al punto que no podía ser Elizabeth.

—Tiene demasiados años —exclamó Janet, desilusionada. Luego dijo—: Mira, allí hay dos mozos trabajando. Vamos a hablar con ellos. Tal vez puedan decirnos algo.

## Tomás da una noticia interesante

Echaron a andar entre jinetes y caballos y llegaron junto a los dos mozos. Uno de ellos se estaba echando a la espalda un pesado costal de paja y el otro ayudaba a bajar de una jaquita a una niña de pocos años. Ninguno de los dos mozos reparó en Jorge y Janet.

—¡Hola, Janet! —exclamó de pronto la minúscula amazona.

Janet se volvió y reconoció a Hilda, una niña que iba a su colegio y estaba dos clases más atrasada que ella.

—¡Hola, Hilda! —exclamó alegremente Janet, encantada de la presencia de su condiscípula, ya que así a nadie llamaría la atención que Jorge y ella no llevaran ropas de montar, pues todos creerían que habían ido al picadero a ver a Hilda.

—Gracias, Tomás —dijo ésta al mozo que la había ayudado a bajar de la jaquita.

Tomás condujo el animal a un establo próximo. Hilda le siguió, acompañada de Janet y Jorge.

—Yo prefiero al otro mozo, a Enrique —dijo Hilda—, pues habla conmigo y éste no me dice nunca nada. Venid y veréis cómo le doy azúcar a mi jaquita. Es la mar de simpática.

Se dirigieron al establo con ella, siguiendo a Tomás y a la jaquita. Enrique estaba ya en el establo, ocupado en repartir la paja en los pesebres. Sus ojos tenían una expresión alegre. No cesaba de silbar mientras trabajaba.

Jorge dijo en voz baja a Janet:

—Tú habla con este chico; yo me encargo del otro. También debes hablar con Hilda. Nos tenemos que enterar de si últimamente ha venido aquí alguna chica a la que no conociesen, bien para hacer algún trabajo, bien para curiosear como estamos curioseando nosotros.

—Conforme.

Y Janet se acercó a Tomás y a Hilda.

—Debe de ser divertido trabajar entre caballos —dijo al joven.

Éste, que estaba atando a la jaquita a una anilla que había en la pared, hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Es curioso —siguió diciendo Janet— que las mujeres sean más aficionadas que los hombres a montar a caballo. Tú y tu compañero sois los dos únicos chicos que veo en el picadero. ¿Hay más hombres empleados?

—No —repuso Tomás—, sólo nosotros dos.

Y, volviendo la espalda a Hilda y a Janet, el joven empezó a limpiar el pesebre. Janet pensó que era un mal educado, y su amiguita se lo confirmó, diciéndole:

—Es un huraño. En cambio, mira a Enrique: está hablando con Jorge como si lo conociera de toda la vida.

Así era. Jorge había tenido más suerte que Janet.

—¿Hay muchas chicas empleadas en el picadero? —preguntó Jorge cuando se le



presentó la oportunidad.

Enrique movió la cabeza.

—No; sólo aquella que ves allí. El otro día vino una a pedir trabajo y el señor Warner no la admitió. No era mayor que tú. Sin embargo, aseguraba que podía dominar a los caballos más corpulentos.



Esto interesó a Jorge sobremanera: no el caballo, sino la niña que había ido a pedir trabajo al picadero. A lo mejor, era Elizabeth.

—¿Cómo era esa muchacha? —preguntó.

Enrique se acercó a su compañero, seguido de Jorge.

—Oye, Tomás: ¿cómo era la niña que vino a pedir trabajo el otro día?

—¿Tenía los ojos castaños? —preguntó ávidamente Jorge—. ¿Su pelo era abundante, oscuro y sedoso? ¿Pudisteis ver si tenía una cicatriz en un brazo?

Enrique se volvió rápidamente y se quedó mirando a Jorge.

—¿Es que esa niña es amiga tuya?

—No, no..., es que... así es una muchachita a la que andamos buscando. Decidme, ¿era así la niña que vino aquí a pedir trabajo?

—Yo no lo puedo saber —repuso Tomás, defraudando a Jorge y a Janet—, porque no la vi: no estaba aquí el día que vino a pedir trabajo.

Pero Enrique aseguró:

—No, no tenía el pelo oscuro: era rubia y vivaracha como un mono. Se enfadó cuando el señor Warner le dijo que no la podía admitir. Desde luego, muchacho, no puede ser tu amiga.

Inesperadamente, dijo Tomás:

—Yo vi una chica como la que tú dices el otro día, cuando estuve en Gorton. Has dicho que tenía el pelo oscuro y fino, ¿verdad? Y una cicatriz en un brazo.

Janet se acercó a Tomás y le miró ansiosamente.

—¿Tú viste a una muchacha así? ¿Estás seguro? —Las cosas se habían puesto al rojo vivo. Janet preguntó:

—¿Cómo pudiste verle la cicatriz?

—Estaba en una cafetería donde hacía calor. La chica se había quitado el abrigo y tenía los brazos al aire.

—Entonces ¿no llevaba una de esas blusas de manga larga con que hacen gimnasia las chicas de los colegios?

—Tal vez la llevara y se hubiera arremangado entonces.

Y Tomás volvió a enfrascarse en su trabajo. Jorge no pudo contenerse y se mezcló en la conversación.

—Oye, Tomás: lo que nos has contado es importantísimo. ¿No recuerdas nada más, algo que ella dijese? ¿Hablaste con esa chica?

—Dijo que iba a tomar el tren de Londres y que, una vez allí, intentaría trasladarse a Francia en avión, para reunirse con su hermano.

Janet y Jorge casi temblaban de emoción. Aquella niña tenía que ser Elizabeth. Una cicatriz en un brazo, un hermano en Francia... No cabía duda de que era ella.

—Ven, Tomás —dijo el señor Warner asomándose a la puerta del establo—; has de enseñar a una niña a ensillar su caballo.

Tomás se fue y Janet y Jorge cruzaron una mirada llena de alegría.

—Ya tenemos una buena información para la reunión de esta tarde —dijo Janet—. Vámonos, Jorge; no hay motivo para que sigamos aquí.



## Otra reunión

Todos fueron puntuales. Cinco veces se dijo la contraseña y cinco veces abrieron la puerta del cobertizo y la volvieron a cerrar Janet y Peter, mientras *Scamper*, con alegres ladridos, daba la bienvenida a los miembros del club. Al fin la puerta se cerró definitivamente y comenzó la reunión.

—Supongo que todos tendréis algo que decir —declaró Peter—. Comenzaremos por mi informe. Escuchad: Jack y yo hemos estado en casa de la abuela de Elizabeth, pero no pudimos verla, porque la pobre señora está en cama. No nos fue difícil indagar, ya que llevábamos unas cajas de ropa usada para la señora Sonning, y su señorita de compañía nos recibió amablemente.

—¡Qué suerte! —exclamó Jorge.

—Bien lo puedes decir —respondió Peter—. Nos enteramos de bastantes cosas. Sabemos, por ejemplo, que Elizabeth debe de estar escondida no lejos de donde vive su abuela, ya que ha entrado en la casa durante la noche y se ha llevado comida y una manta.

Jorge y Janet se miraron.

—Oye, Peter... —Comenzaron a decir los dos a la vez. Pero Peter les atajó, contrariado:

—Haced el favor de no interrumpir. Ya hablaréis cuando os toque el turno... Bien; como os decía, la señorita Wardle, que es la acompañante de la anciana, nos dijo cosas interesantes sobre Elizabeth. Por ejemplo, nos aseguró que es una muchacha simpática y muy recta.

—Eso no es posible. No se puede llamar persona recta a una ladrona —replicó Pamela—. Esa señorita no os dijo la verdad.

—¡Silencio! —ordenó Peter, indignado—. Lo que ahora importa es que Elizabeth está escondida cerca de casa de su abuela, que ha entrado en esta casa para llevarse comida y que volverá a entrar cada vez que el hambre la apriete. Por lo tanto, yo creo que si vigilamos la casa durante la noche, tenemos muchas probabilidades de atraparla. Jack y yo volveremos a llevar ropa usada a la señora Sonning el lunes, y si nos enteramos de que Elizabeth ha vuelto a entrar en la casa, nos pondremos al acecho el mismo lunes por la noche.

—¡Buena idea!



Ésta fue la opinión de Pamela, Bárbara y Colín. Jorge y Janet no dijeron nada: se limitaron a cruzar una mirada significativa.

—En fin —dijo Peter—, ésta es mi información, mejor dicho, la información de Jack y mía... Ahora habla tú, Colín.

—Yo no puedo contaros nada interesante —dijo Colín como excusándose—. He entrado en cinco o seis cobertizos, en varios graneros y en bastantes carros y carricoches abandonados, al otro lado de la colina de Belling. Y no he visto nada, nada en absoluto. Lo siento, Peter.

—Bien —dijo éste—. Informa tú ahora, Bárbara, te ha llegado el turno.

—Poca cosa puedo decir —declaró Bárbara—. Vimos un cobertizo cerrado, y cuando íbamos a mirar dentro por una ventana, nos lo impidió un hombre que llegó de pronto con un caballo. Luego hemos visto un viejo y apestado remolque de caravana, en el que había una manta, una taza y un plato de aluminio. También exploramos todo el bosque de Thorney-Copse, mirando bien entre la maleza.

—Y la temible hermanita de Jack rondaba por allí —dijo Pamela—. La vimos llegar con su uniforme idéntico al nuestro (abrigo azul marino y sombrero del mismo color) y nos preguntamos si sería Elizabeth. Nos escondimos detrás de un arbusto, y Sussy, de pronto, se arrojó sobre nosotras como un ciclón. Todavía me duelen las costillas.

—Ahora comprendo por qué Sussy no ha cesado de hacerme preguntas durante toda la comida sobre el asunto que ahora tiene entre manos el Club de los Siete —dijo Jack—. Habéis demostrado ser un par de tontas; debisteis evitar que se diera cuenta de que estabais trabajando para el club. Ahora no tendré un momento de sosiego. Sussy está empeñada en averiguar en qué asunto estamos enfrascados. Y lo averiguará, porque tiene la penetración de una aguja.

—Desde luego que la tiene —dijo Peter, que reconocía noblemente la agudeza de Sussy—. No me extrañaría que ahora estuviese espiándonos y oyéndolo todo desde fuera. Es una chica que no se detiene ante nada.

—No creo que ande por aquí —dijo Janet—. *Scamper* habría ladrado.

Aún no lo había terminado de decir, cuando *Scamper* empezó a ladrar, al mismo

tiempo que se veía una cara pegada a los cristales de la ventana. Naturalmente, aquella cara era la de Sussy.

—¡Hola, amigos del Club de los Siete Secretos! —les dijo a voz en grito—. Supuse que estarías aquí, Jack. Ya sé lo que investigáis ahora. He encontrado un recorte de periódico entre tus cosas, Jack. ¡Ja, ja, ja!

Peter miró a Jack indignado.

—¡Mira que no haber guardado bajo llave ese importante recorte! ¡No tienes perdón de Dios, Jack!

—¡Dale una bofetada, Peter! —gritó Sussy, aplicando sus labios a la rendija de la ventana—. ¡Se lo merece! Pero ¿qué hacéis ahí tan serios y quietecitos? Parecéis pastelillos colocados en una bandeja. Escuchad: si averiguo algo de Elizabeth Sonning, ya os lo diré.

Jack, ciego de ira, corrió hacia la puerta, la abrió de un violento tirón y salió como un rayo, seguido de cerca por *Scamper*. Todos los miembros del club se asomaron a la puerta.

Sussy era una excelente corredora. Aún estaba su hermano en mitad del jardín, y ya había cruzado ella la verja, riendo a más y mejor. Jack, convencido de que no podría alcanzarla, abandonó la persecución y volvió al cobertizo. La cara le echaba fuego.

—¿Creéis que ha oído lo que decíamos? —preguntó Jack.

Peter hizo un movimiento de cabeza negativo.

—No, Sussy llegó en el momento en que ladró *Scamper*. Desde luego, a entrometida no hay quien le gane. Ahora se dedicará a indagar por su cuenta. Me mordería los puños si tuviéramos la desgracia de que encontrase a Elizabeth antes que nosotros.

—No la encontrará —aseguró Jorge.

Y empezó a contar lo que les había dicho Tomás, el mozo del picadero. Pero se detuvo, diciendo:

—Bueno; ya hablaremos cuando a Janet y a mí nos toque el turno.

## Informes y planes

Entonces Peter dijo:

—Ya podéis informar. Por lo visto, habéis hecho averiguaciones importantes.

—Sí —repuso Janet con arrogancia—. Empieza tú, Jorge.

Y Jorge así lo hizo.

—Janet y yo empezamos por visitar el picadero de Tiptree, pero como allí todo lo hace la familia y no quieren gente de fuera, comprendimos que era inútil buscar a Elizabeth en aquel picadero, y en seguida nos fuimos a otro: al del señor Warner.

—Allí —dijo Janet— vimos una empleada, pero no podía ser Elizabeth: tenía demasiados años.

—Luego —prosiguió Jorge— vimos a dos mozos: Enrique, alto y fornido, y Tomás, bajito y delgado. Tomás es huraño; en cambio, Enrique es simpático y hablador. Les preguntamos si había ido alguna niña a pedir trabajo al señor Warner y nos enteramos de que, efectivamente, había ido una. Pero era rubia y no morena; por lo tanto, no dimos importancia a la noticia.

—Y cuando estábamos describiendo a Elizabeth —dijo Janet sin poder poner freno a su lengua—, Tomás dijo de pronto que había visto a una muchacha así. Esta niña tenía incluso la cicatriz en el brazo.

Todos los miembros del club se irguieron en sus asientos, lanzando exclamaciones.

—¡Esto es una buena información! —dijo Peter—. Continúa, Jorge ¿Dónde vio ese muchacho a Elizabeth?... Pues sin duda era ella, ya que las señas de las dos muchachas coincidían.

—Tomás nos dijo que la había visto en una cafetería de Gorton. Eso está cerca, ¿verdad? La muchacha debía de estar merendando. Como hacía calor, se había quitado el abrigo. Por eso Tomás pudo ver que tenía una cicatriz en un brazo. Luego consiguió hablar con ella.

Todos preguntaron a la vez:

—¿Y qué le dijo?

—Que se iba a Londres y de allí en avión a Francia, donde tenía un hermano —repuso Janet—. Por lo tanto, no cabe duda de que era Elizabeth.

Todos estuvieron de acuerdo en que era ella. Un hermano en Francia... una cicatriz en un brazo... Seguro que era Elizabeth.

—Por eso Janet y yo no creemos que esté escondida por los contornos de Belling. Seguramente estará en algún lugar de Londres, mientras trata de enterarse de dónde y a qué horas salen los aviones para Francia.

—Entonces —dijo Peter— hay algo que no tiene explicación. Si Elizabeth está en Londres, esperando el momento de salir en avión para Francia, ¿quién se llevó los pastelillos y la manta de casa de su abuela?

Hubo un gran silencio. Todos, incluso *Scamper*, miraron a Peter.





—No había pensado en eso —dijo al fin Janet—. Claro que ni Jorge ni yo hemos sabido nada de esos pastelillos hasta que tú has hablado de ellos... Desde luego, o en tus pesquisas o en las nuestras hay algo que falla. Si Elizabeth ronda por las noches la casa de su abuela, salta a la vista que no puede estar en Londres ni volando hacia Francia.

—A lo mejor —dijo Jack— se dio cuenta de que no tenía dinero para ir a Londres y después a Francia, y regresó a Belling. Tal vez se proponga coger dinero de casa de su abuela. Si lo robó una vez, bien puede volverlo a robar.

—Yo creo —dijo Peter— que Jack ha dado en el clavo. Elizabeth podía estar decidida a marcharse, y desistir al ver que no tenía dinero suficiente. Entonces regresó a esta comarca, donde se la ha visto como sabemos todos.

Nuevo silencio. Los siete miembros del club ponían en orden sus ideas.

—Estoy pensando en esa niña que fue a pedir trabajo al señor Warner —dijo Jack a Jorge—. Que Enrique os dijera que era rubia, no es obstáculo para que pueda ser Elizabeth. Mi tía tiene el pelo castaño y se lo tiñó una vez de rubio. También pudo teñírsele esa niña, me parece a mí.

Los miembros del club sabían muy poco de tintes de pelo. Por eso Peter, sin tener en cuenta lo que había dicho Jack, tomó la determinación de ir a visitar a los dos empleados del picadero. Quizá le dijeran algo que no habían dicho a Janet y a Jorge, por no recordarlo en aquel momento.

—Tengo que ir a ver a esos dos mozos —dijo—. ¿Cómo son?

—Ya te lo hemos dicho —repuso Jorge—. Enrique es alto y fuerte, y Tomás, pequeño y delgado. Los dos tienen el pelo oscuro y ni uno ni otro parecen aficionados a peinarse. A ninguno de los dos les sientan bien los pantalones de montar que llevan; a Enrique le vienen pequeños y a Tomás grandes... Sin duda, fue una suerte que

Tomás viera a Elizabeth en Gorton. Así sabemos, por lo menos, que está en alguna parte de Inglaterra y que lleva todavía su uniforme de colegiala.

—Lo evidente es —afirmó Peter— que no puede estar muy lejos de aquí. De lo contrario, no podría ir por las noches a casa de su abuela. Ahora tenemos que decidir por dónde empezaremos. Mañana no podremos hacer nada, pues es domingo. Tendremos que dejarlo para el lunes. Cuando salgamos del colegio empezará el trabajo.

—Tú y yo —dijo Janet— podemos ir a casa de la señora Sonning para entregarle más ropa usada. Así podremos intentar obtener nuevas noticias de Elizabeth.

—Y después —dijo Peter— iremos a hablar con los mozos del picadero. Los demás pueden venir también. Así podremos hacer preguntas sin llamar demasiado la atención. El lunes, a las cinco, nos volveremos a reunir aquí. Me parece que estamos sobre la pista, pero, por el momento, es una pista poco clara.

## La señorita Wardle da más noticias

El domingo transcurrió con una lentitud desesperante.

Por la mañana, cuando Peter y Janet volvieron de la iglesia, el muchacho dijo a su hermana:

—Oye, Janet: ya recordarás que quedamos en ir a llevar más ropa usada a casa de la señora Sonning, a fin de tener un pretexto para volver a preguntar por Elizabeth. Iremos Jorge y yo. ¿Quieres ayudarme a buscar en los armarios? Supongo que mamá dará la ropa más vieja.

—Pero piensa una cosa, Peter: no podemos regalar nuestra ropa sin consultarla a ella. Y cuando se lo digamos, mamá comprenderá que todo es una excusa para ir de nuevo a casa de la señora Sonning, y podría ocurrir que no nos dejara.

—Eso mismo he pensado yo, Janet. En fin, vamos a revisar nuestros armarios y veremos si encontramos algo que podamos llevar a la señora Sonning como donativo.



Peter y Janet pusieron manos a la obra y se asombraron de la cantidad de cosas que tenían que no utilizaban nunca y de las que ni se acordaban siquiera.

—¡Mira! —dijo Peter—. Dos barajas y un rompecabezas que está intacto porque siempre jugamos con el viejo... Y aquí sale una pelota nueva... Todo esto lo podríamos dar.

—Ten en cuenta que en estos casos no suelen regalarse cosas nuevas —advirtió Janet—. Daremos la pelota vieja y nos quedaremos con ésta... ¡Ah, mira! Las sandalias que creí que había perdido en la playa. Como ahora ya no me sirven, podemos ponerlas también.

Consiguieron llenar una gran caja de cosas viejas. Quedaron muy satisfechos. Ya estaban deseando que llegara el lunes.

Al fin, llegó. Pero hubieron de pasar toda la mañana y toda la tarde en el colegio.

Terminadas las clases, corrieron a casa a tomar el té, y antes de las cinco ya estaban en el cobertizo. Los siete miembros del club fueron puntuales.



—Ya he trazado definitivamente el plan de trabajo —dijo Peter, satisfecho de la puntualidad de sus compañeros—. Jack y yo iremos en bicicleta a «Villa Bramble» para intentar obtener nuevas noticias de la señorita Wardle o de la misma abuela de Elizabeth. Vosotros podéis ir al picadero de Warner y esperarnos allí.

—Y mientras nos esperáis —dijo Jack—, no dejéis de hablar con los mozos para ver si podéis sonsacarles algo.

Se pusieron todos en camino. Peter llevaba en la parte de atrás de su bicicleta, bien sujeta al portapaquetes, una caja repleta de objetos usados. Se separaron en la parte alta de Blackberry Lane; allí, Jack y Peter tomaron el estrecho y tortuoso camino que iba hacia abajo, y sus compañeros empezaron a remontar colina en cuya cima estaba el picadero de Warner.

Peter y Jack dejaron sus bicicletas junto a la verja de «Villa Bramble» y se dirigieron a la puerta de la casa Llamaron, deseando que fuera a abrirles la señorita Wardle y no la señora Sonning, ya que ésta no estaría tan dispuesta como su señorita de compañía a hablar de Elizabeth.

Afortunadamente, fue la señorita Wardle la que les abrió la puerta. Los recibió alegremente.

—¿Pero traéis más cosas? —exclamó—. La señora Sonning se alegró mucho al ver lo que trajisteis el sábado. Yo le daré esto. La pobre señora todavía está en cama.

—¡Cuánto lo sentimos! —exclamó Peter—. ¿Es que no ha tenido noticias de su nieta?



—No ha sabido absolutamente nada —repuso la señorita Wardle—. La policía dice que la niña parece haberse esfumado. Sin embargo, yo sé que ha estado aquí anoche y anteanoche.



¡Qué gran noticia!

—¿De modo que ha vuelto? —preguntó Peter ávidamente—. ¿La vio usted? ¿Dejó alguna nota?

—Ni la vi ni dejó nota alguna —respondió la señorita Wardle—. Si sé que ha venido es porque ha vuelto a desaparecer comida. No comprendo cómo puede entrar. Cierro todas las puertas y ventanas. Debe de tener una llave de la puerta lateral, que es la única que no tiene cerrojo.

—¿Y qué dice la policía de eso? —preguntó Jack.

—Nada —repuso la señorita Wardle, indignada. Deben de creer que son invenciones mías. Deberían poner de guardia un agente para vigilar la casa por la noche. Así podría atrapar a Elizabeth y dar una gran alegría a su abuela, que entonces sabría que a su nieta no le ha ocurrido nada.

—Aunque pusieran un agente de guardia —dijo Peter—, no creo que eso sirviera para nada, pues no hay duda de que Elizabeth conoce algún procedimiento que ellos ignoran para entrar en la casa. Estoy seguro de que ella lo sabe todo, incluso si hay o no algún policía vigilando. Si yo estuviera en su lugar, señorita Wardle, no confiaría a nadie la vigilancia: vigilaría yo mismo.

—Eso es imposible. No hay nadie capaz de vigilar todas las puertas y ventanas de una casa. Además yo no puedo pasarme en vela toda una noche.

—Ya la hemos molestado bastante, señorita Wardle —dijo Peter—. Les deseo que encuentren cuanto antes a Elizabeth. Debe de ser horrible para esa pobre niña verse

sola en algún rincón frío y solitario y sin atreverse a salir porque le da vergüenza enfrentarse con la gente.

Se despidieron de la señorita Wardle y se marcharon.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —preguntó Peter apenas hubieron cruzado la verja—. Esconderme esta noche en el jardín y sorprender a Elizabeth si viene. Pero no le diré nada a la policía. Trataré de persuadirla de que vaya a contárselo todo a su abuela.

—Eso me parece muy bien —dijo Jack, emocionado—. Yo también vendré a vigilar. Ahora vamos al picadero de Warner a reunimos con los otros. Apostaría cualquier cosa a que todos querrán venir a hacer guardia con nosotros esta noche.



## Tomás... y un poco de emoción

Apenas entraron en el gran patio del picadero, Jack y Peter vieron a sus compañeros del club. Los cinco ayudaban a los dos mozos a acarrear costales de heno y de paja.

—¡Hola! —les gritó Janet—. ¡Como veis, estamos muy ocupados! ¡Esto es la mar de divertido! ¡El señor Warner nos ha dicho que después podremos ayudar a Tomás y a Enrique a llevar las jaquitas a la pradera!

—¡Magnífico! Jack y yo iremos con vosotros —anunció Peter.



Le encantaban los caballos. ¡Cuántas veces se había prestado a ayudar al viejo Jack, el encargado de las cuadras de su padre!

Peter se acercó a los dos mozos del picadero. Enrique le sonrió; Tomás se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza.

El jefe del club miró fijamente a Tomás. Pensaba que aquel joven había visto hacía poco a Elizabeth.

—Me he enterado —le dijo— de que el otro día viste a Elizabeth Sonning en Gorton. Esto es muy importante. La policía no sabe nada de ella, y su abuela está tan preocupada, que se ha puesto enferma.

Tomás replicó con un gruñido:

—Tampoco esa muchacha debe de estar muy tranquila —exclamó.

—Si en verdad robó a su profesora, se merece la intranquilidad —repuso Peter—. Pero la señorita de compañía de la señora Sonning asegura que Elizabeth es una niña de buen carácter y honrada a carta cabal... ¡Espera; te ayudaré a poner esa montura!

Tomás le dio las gracias. Luego dijo:

—Me interesa mucho esa niña a la que vi en Gorton casualmente. A mí me parece que ya debe de estar en Francia. Dijo que quería ir a reunirse con su hermano.

—No puede estar en Francia —dijo Peter, mientras ayudaba a Tomás a levantar la pesada silla—, pues por las noches va a casa de su abuela a coger cosas que la hacen falta. La señorita Wardle, que es la que me ha contado esto, dice que no comprende cómo pueda entrar en la casa estando cerradas todas las puertas y ventanas. Sin embargo, hay una puerta lateral que no tiene cerrojo, y si Elizabeth tiene una llave, puede abrirla y entrar.

Jack, que se había acercado a ellos, dijo:

—Hemos pensado ir a vigilar la casa esta noche. Tenemos buena vista y estamos seguros de que, si va, la veremos por muy oscura que sea la noche. Y si la atrapamos, procuraremos convencerla de que vaya a hablar con su abuela, que tanto la quiere. Nos da pena que esa niña viva sola y como un vagabundo.

—¿De veras vais a ir a vigilar esta noche? —preguntó Tomás, interesado.

Peter dirigió a Jack una severa mirada. Había cometido una imprudencia al revelar al mozo del picadero los planes del Club de los Siete Secretos. Jack se estremeció al recibir la mirada de Peter.

—Si vais a vigilar —añadió Tomás—, iré yo con vosotros. También yo tengo buena vista y estoy seguro de que descubriré a Elizabeth en plena oscuridad. Iré con vosotros —repitió.

Peter vacilaba. De buena gana le habría dicho a Tomás que no podía ir con ellos, pero no se atrevía a defraudarlo. Estaba ilusionado con aquella aventura; ya se veía descubriendo en la oscuridad del jardín la sombra de la niña que se deslizaba hacia la casa.

—De acuerdo —dijo al fin Peter—. Habrás de estar allí a las diez y media. Iremos sólo los cuatro chicos; las chicas se quedarán en casa. Yo gritaré como una lechuza cuando llegue. Si tú estás ya allí, contesta con un grito igual.

—Estaré —afirmó Tomás—. Y creo que también habrá allí una pareja de agentes de la policía. Si éstos me vieran, confío en que vosotros me sacaréis del apuro, diciendo que soy amigo vuestro.

—No temas —repuso Peter, lamentando más que nunca que Jack no hubiese puesto freno a su lengua—. ¿Llevamos ya las jacas al prado?

Así lo hicieron. Una caravana de muchachos, que montaban o conducían esbeltas jacas, bajó por la pendiente de la colina a la suave luz del sol del atardecer.

Una vez hubieron atado a las jaquitas, Tomás, Enrique y los siete del club emprendieron la ascensión hasta los establos. Tomás parecía cansado y apenas abrió la boca. Enrique bromeaba y, de vez en cuando, daba un golpe en la espalda a su compañero de trabajo. Aprovechando la primera ocasión, Peter dijo en voz baja a Tomás:

—No te olvides del grito de la lechuza.

Tomás, con un movimiento de cabeza, le aseguró que no lo olvidaría. Seguidamente, dio media vuelta y se separó de ellos.

Habían llegado. Los chicos corrieron hacia sus bicicletas y se lanzaron colina abajo, diciendo adiós a gritos.

Cuando llegaron al camino, vieron a lo lejos la figura de una muchacha que subía los escalones de un pórtico.

La jovencita llevaba una maleta, un abrigo azul marino y un sombrero del mismo color. Miró a su alrededor y, al ver a los ciclistas, huyó a todo correr.

—¡Es Elizabeth! —gritó Colín, señalando a la fugitiva—. ¿La veis? ¡Aquella que

lleva una maleta! ¡Sigámosla!

Desviándose del camino, empezaron a remontar el sendero, tan abrupto, que sus bicicletas, más que correr, saltaban.

Pronto llegaron al pórtico. Entonces vieron una cosa blanca en el suelo. Janet lo recogió.

—¡Es un pañuelo! ¡Y tiene bordada en un pico la letra E! ¡La inicial de Elizabeth! No hay duda: la fugitiva tiene su escondrijo por estos alrededores. ¡Tenemos que dar con ella!



Desde los escalones del pórtico, donde habían dejado sus bicicletas, tendieron la mirada sobre el camino con la esperanza de distinguir una muchacha vestida de azul marino que huyera a todo correr.

—¡Allí está! —gritó Jorge—. ¡Junto a aquel viejo caserón! Vamos a ver si la alcanzamos. Hemos de convencerla de que no tiene por qué temernos. Así no se negará a venir con nosotros. ¡Toquemos todos los timbres para que nos oiga!



## ¡Vamos por ella!

Los siete pedalearon enérgicamente y se lanzaron tras la fugitiva, dando fuertes timbrazos para llamar su atención.

La niña llegó a la esquina del caserón, dobló por ella y desapareció de la vista de sus perseguidores. Cuando éstos llegaron, la figura vestida de azul marino ya no se veía por ninguna parte. Los siete bajaron de sus bicicletas y se miraron unos a otros.

—¿Dónde se habrá metido? —exclamó Janet—. No puede haberse alejado mucho. Seguramente está escondida: pero yo no veo por aquí cerca ningún sitio a propósito para esconderse.

—¿Y aquella casucha en ruinas? —dijo Colín, señalándola—. ¿No es un excelente escondite? ¿No la veis? Es aquella que está rodeada de árboles enanos. Estoy seguro de que se ha escondido allí.

—Vamos a echar una mirada —dijo Jorge.

Dejaron las bicicletas apoyadas en el cercado, pasaron por un hueco que había en él y corrieron hacia la casa en ruinas.



Todo lo que quedaba de ella era un trozo de techo, una habitación del piso y dos de la planta baja. Los restos de una escalera de piedra unían las dos plantas.

—Aquí no hay nadie —dijo Pamela—. Pero allí veo una vieja escalera. Tal vez esté arriba.

Jorge subió en dos saltos y enseguida lanzó una exclamación.

—¡La muchacha no está aquí, pero sí su maleta! ¡Y lleva las iniciales E. S.! O sea que no hay duda de que es Elizabeth.

Sus seis compañeros se reunieron inmediatamente con él y se agruparon alrededor de una modesta y pequeña maleta que había sobre el sucio suelo. En ella se veían, impresas en negro, las iniciales E. S.

Bárbara pasó la mano sobre las letras y dijo:

—Elizabeth Sonning... Pero ¿dónde está? —Llamó a voces:

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! ¿Dónde estás?

Nadie respondió.

—¡Con qué rapidez ha desaparecido! —exclamó Janet—. Aquí no hay rincones para esconderse. ¿Por qué tiraría desde abajo su maleta a esta habitación y seguiría huyendo? Tenía que comprender que íbamos a encontrar la maleta. ¿Dónde demonios se habrá metido? ¡Elizabeth! ¡Elizabeth!

—En todo esto hay algo raro —dijo Peter—. Voy a abrir la maleta. No creo que esté cerrada con llave.

No lo estaba. Peter la abrió fácilmente y los siete se apiñaron a su alrededor para ver lo que había dentro de ella. Lo único que vieron fue una cajita atada con un cordel.

—A lo mejor —dijo Colín— es el dinero robado.

Y en seguida exclamó:

—¡Lo es! ¡Mirad lo que dicen estas grandes letras! «Dinero». Toma, Peter; ábrela tú.

Peter desató el cordel y abrió la caja. Dentro apareció otra más pequeña, atada también. Peter volvió a deshacer nudos, abrió la segunda caja ¡y apareció una tercera! Todos estaban estupefactos. Era la primera vez que veían guardar una cosa de aquel modo.

Cuando Peter abrió la tercera caja, vio una tarjeta. Como estaba boca abajo, la volvió. Su mirada quedó fija en la tarjeta con la expresión de quien no puede creer en lo que está viendo.

De pronto, Peter arrojó la cartulina al suelo y empezó a pisotearla. Estaba rojo de ira.

—¿Sabéis lo que dice? ¡Recuerdos de Sussy!... ¡Es para matarla! ¡Ha dejado el pañuelo en el pórtico con toda intención!

Todos estaban furiosos contra Sussy. El más indignado era Jack, que exclamó:

—No sé cómo se ha atrevido a hacer una cosa así. Se acordará de mí en cuanto llegue a casa.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —preguntó Bárbara—. No la hemos vuelto a ver desde que dobló la esquina. Debía de tener escondida por aquí la bicicleta.

—Ha sido un plan perfecto —dijo Jorge—. Hemos de reconocer que es muy lista. Palabra que estaba convencido de que habíamos logrado dar con Elizabeth.

—¡Cómo se reiría Sussy cuando marcó estas iniciales! —dijo Jack—. Ahora reconozco la maleta. Estaba en el desván de mi casa desde hace muchos años.

—Bueno —dijo Janet—; es hora de volver a casa. Ya estoy harta de oír hablar de

Sussy.

Salieron de la casa en ruinas y se alejaron, camino de sus casas. Peter empezó a concertar con Jorge, Colín y Jack el encuentro de aquella noche. Al oírles, las niñas se pusieron de mal humor. Janet se lamentó.

—Siempre nos dejas fuera en las aventuras nocturnas. ¡Tanto como nos gustaría ir! Debe de ser emocionante acechar en un jardín en plena noche. ¡Qué bien lo pasaréis los cinco! Porque cuento a ese Tomás del que no habéis podido libraros.

—A lo mejor hay también uno o dos policías. Pero nosotros llegaremos antes, de modo que se llevarán una sorpresa cuando vean que todo un grupo de guardianes ha tomado ya posiciones.

Todos se echaron a reír. Peter advirtió a Jack:

—Mucho cuidado con decir nada a Sussy sobre nuestro trabajo de esta noche. Nos echaría a rodar todos los planes. —Y añadió tras una pausa—. Me gustaría averiguar cómo se las arregla Elizabeth para entrar en la casa. Debe de tener una llave de la puerta lateral.

Los chicos quedaron en reunirse a las diez en cierta esquina, y desde allí partir todos juntos en bicicleta hacia Belling.

—Dejaremos las bicicletas en una valla que hay cerca de la casa y entraremos en el jardín por la parte de atrás —dijo Peter—. Y ya sabéis: si hay peligro, el grito de la lechuza.

—¡Qué emocionante! —exclamó Jack—. He de procurar que Sussy no me oiga al bajar o al subir la escalera.

—Eso me parece muy bien, Jack —dijo Peter—. Pues te advierto que como cometas alguna imprudencia y Sussy te siga, te expulsaré del club.

Y el tono en que lo dijo demostraba que estaba decidido a hacerlo.



## Esperando y vigilando

Aquella noche, Peter, Jack, Jorge y Colín salieron un silencio de sus casas. Jack fue el que procedió con más cautela, por temor de que Sussy le oyese. Al pasar junto al dormitorio de su hermana, aplicó el oído a la cerradura y percibió unos leves ronquidos. Entonces respiró. ¡Sussy estaba durmiendo! Jack no había olvidado la amenaza de Peter de expulsarle del club si no evitaba la intromisión de su temible hermanita. Por eso se sintió profundamente feliz al oír aquellos ronquidos.



Los cuatro chicos del club se reunieron y acto seguido montaron en sus bicicletas y emprendieron la marcha hacia Belling.

Cuando llegaron, no vieron a nadie. Allí no había ni siquiera un policía, de lo cual se alegraron de veras los cuatro muchachos. Éstos se apearon procurando no hacer ruido y dejaron sus bicicletas dentro del cercado que rodeaba la villa de la señora Sonning. La casa y el jardín estaban sumidos en la más completa oscuridad. Peter hizo a sus compañeros una advertencia.

—He decidido ser yo el único de nosotros que pueda lanzar el grito de la lechuza. Si gritamos todos cuando oigamos o veamos algo interesante, va a parecer que el jardín esté lleno de lechuzas y esto despertaría las sospechas de cualquier agente de la policía.

—Entendido —repuso Jorge en voz baja—. Ahora convendría que decidiéramos cómo nos vamos a distribuir. Yo creo que dos de nosotros podemos ocultarnos ante la entrada de la casa y otros dos frente a la parte de atrás. ¿No te parece, Peter?

—No. Delante sólo uno; detrás, dos, y otros dos en la parte donde está la puerta lateral. Uno de éstos serás tú, Colín. No olvidemos que la señorita Wardle nos dijo que ella creía que Elizabeth se había procurado una llave de esa puerta, que es la única que no tiene cerrojo.

—Bien pensado —dijo Jack—. Yo me esconderé junto a la entrada del jardín. Como en el lado izquierdo no hay puertas ni ventanas, entre los cinco vigilaremos todas las de la casa.

—¡Qué noche tan oscura! —dijo Peter, levantando la vista al cielo—. No hay luna, y como está nublado, no se ve ninguna estrella. Debemos aguzar los oídos; no podemos confiar en la vista.

—Pronto se acostumbrarán nuestros ojos a la oscuridad —dijo Colín—. Digo esto porque...

De pronto se detuvo y cogió del brazo a Peter, haciéndole dar un salto.

—¿Oyes? ¿Qué ruido es ése?

Era un ligero rumor que llegaba de muy cerca. Vieron una sombra y oyeron una voz.

—Soy Tomás. Os estaba esperando. Os he oído y he venido hacia aquí. Pero no os veo. ¿Dónde estáis?

Ellos le dijeron dónde estaban y Tomás añadió, susurrando:

—Yo me subiré a un árbol. Es un buen sitio para mirar, y también para oír... No creo que haya ningún policía por aquí. Llevo mucho rato esperándoos.

—Si oyes llegar a alguien —respondió Peter—, lanza el grito de la lechuza. Yo contestaré. Sólo tú y yo podremos imitar este graznido.

—Voy a buscar un buen árbol para encaramarme —musitó Tomás—. ¡Mira! Allí, junto a la pared, veo uno que es un punto de observación excelente. ¡Ojalá se disipen las nubes y veamos brillar las estrellas!

Los cuatro muchachos, dominados por una grata emoción, se separaron para dirigirse cada cual a su escondite. Aquello era verdaderamente apasionante. Oyeron como Tomás trepaba por el tronco del árbol. Después, todo quedó en silencio. Peter se había ocultado tras un arbusto; era éste un magnífico punto de vigilancia.

De pronto, una especie de gemido aceleró los latidos de cinco corazones. ¿Qué sería? Esta pregunta se estaban haciendo, cuando una pequeña y blanca sombra pasó como un rayo ante los ojos de todos.

«Una lechuza que estaba en el granero —se dijo Peter—. Menos mal que no ha lanzado su grito de lechuza. Todos habríamos creído que había llegado alguien».

Transcurrió un buen rato sin que nada importante ocurriese. De súbito, un agudo y vibrante graznido resonó en todo el jardín.

—¡Jujujuju!

Todos comprendieron que era Tomás el que había lanzado el grito. Se trataba, pues, de un aviso. Cuatro pares de ojos se esforzaron por percibir algo a través de la oscuridad.

En esto, alguien pasó muy cerca del arbusto en que se ocultaba Peter. El muchacho se echó hacia atrás con un movimiento de temor. En seguida oyó una tos. Era, pues, un hombre. Seguramente, se trataba de un policía, tan silencioso, que sólo Tomás le había oído. Peter esperó unos momentos y cuando tuvo la seguridad de que

el recién llegado se había ocultado también, contestó al graznido de Tomás con un grito igual.

—¡Jujujujiu!

Así todos sabrían que había un policía en el jardín.

Acto seguido, Peter sintió que su corazón se desbocaba. Empezaban a suceder cosas extrañas y emocionantes... ¡Cuántas personas al acecho y qué profunda era la oscuridad!... Casi llegó a desear que Elizabeth no fuese a casa de su abuela aquella noche: se asustaría al verse rodeada de pronto de tantos desconocidos.

La emoción paralizó de nuevo a Peter. ¿Era una luz aquello que se veía en una de las habitaciones altas de la casa? Bien podía ser la luz de una linterna. Sí, lo era; a través de la ventana sin cortinas, Peter veía el cono luminoso moviéndose por el aposento.

Debía de ser Elizabeth, que había conseguido entrar en la casa, burlando a los numerosos guardianes... También podía ser la señorita Wardle, que inspeccionaba las habitaciones de la casa con su linterna... Pero no, esto no era lógico: la señorita Wardle no tenía motivo para no encender las luces.



Peter lanzó de nuevo el grito de la lechuza.

—¡Jujujujiu!

Así hizo saber a todos que debían estar alerta. Si Elizabeth había entrado en la casa, tendría que salir, si todos vigilaban atentamente, uno u otro la vería.

La luz desapareció y pronto volvió a aparecer en otra ventana. Peter se dijo que debía de ser la de la cocina, ya que Elizabeth había entrado en la casa en busca de provisiones.

Pero ¿cómo habría entrado?

En fin, lo importante ahora era ver por dónde salía.

## Un gran misterio

La luz de la linterna siguió yendo y viniendo por la casa, y al fin desapareció por completo, como si la hubieran apagado. Entonces todos los que acechaban aguzaron los oídos y la vista. Era el momento en que Elizabeth iba a salir de la casa y en que ellos debían detenerla. ¿Por qué puerta o ventana saldría?

Pero no ocurrió absolutamente nada. No se abrió ninguna puerta; todas las ventanas permanecieron cerradas. Durante diez minutos todos los que vigilaban estuvieron callados y con los nervios en tensión. De pronto, una voz de hombre gritó desde un rincón del jardín:

—¿Has visto a alguien, Guillermo? —Peter recibió una gran sorpresa al oír que otra voz respondía:

—A nadie. La chica debe de estar aún en la casa. Habrá que despertar a la señorita Wardle para registrarlo todo.

Por lo tanto, eran dos los policías que vigilaban. ¡Qué silencioso había permanecido el segundo! Los niños estaban realmente asombrados. ¿Qué debían hacer ahora? Los policías encendieron sus linternas y se dirigieron a la puerta principal de la casa.

Peter lanzó una vez más el grito de la lechuza. Los demás comprendieron que los llamaba y, dejando sus escondites, acudieron a su lado. También se presentó Tomás, después de bajar del árbol.



—Los policías —dijo Peter— no nos han visto. Lo mismo nos ha pasado a nosotros con uno de ellos. Y ni ellos ni nosotros hemos visto otra cosa que una luz en las habitaciones altas de la casa. ¿Tú has visto algo más, Tomás?

—No. Y ahora me marcho. Como yo no soy de vuestro grupo, a los policías les extrañará que esté con vosotros. Adiós.

Tomás desapareció en la oscuridad de la noche, Los cuatro miembros del club se acercaron entonces a los policías, que acababan de llegar a la puerta, y permanecieron al acecho, protegidos por las sombras.

La puerta se abrió sigilosamente y apareció la señorita Wardle, con una expresión de inquietud en el semblante. Llevaba una bata de estar por casa de color verde y el



pelo recogido.

—¡Ah! ¿Son ustedes? —Oyeron los muchachos que decía a los agentes—. Pasen. Perdonen, pero me he dormido, a pesar de mi promesa de estar despierta esta noche para vigilar. ¿Quieren que vaya a ver si falta algo?

—Señorita Wardle —repuso uno de los agentes—, estamos seguros de que hace un momento había alguien en la casa. Hemos visto una luz de linterna en dos habitaciones. ¿Nos permite usted que uno de nosotros entre a registrar mientras el otro se queda aquí para evitar que la niña, o quien sea, se escape? No la hemos visto salir. Ni entrar, que es lo inexplicable. Pero hemos visto la luz de la linterna.



—Comprendido —repuso la señorita Wardle—. Pueden pasar. Pero les ruego que no hagan ruido: la señora Sonning se asustaría si la despertaran. Iremos la cocina y en seguida les diré si ha desaparecido algo.

Uno de los agentes entró en la casa con la señorita Wardle, mientras el otro se quedaba en el jardín, junto a la puerta. Los cuatro del club permanecieron al acecho. Estaban seguros de que Elizabeth se hallaba en la casa. No podía haber salido por ninguna puerta ni ventana: la habrían visto u oído. Desde su escondite vieron cómo se iban encendiendo las luces de las habitaciones que la señorita Wardle y el agente inspeccionaban.

Pasó un rato que a los chicos les pareció interminable. Al fin se oyeron voces cerca de la puerta y la señorita Wardle la abrió. Tras ella apareció el policía, que dijo a su compañero:

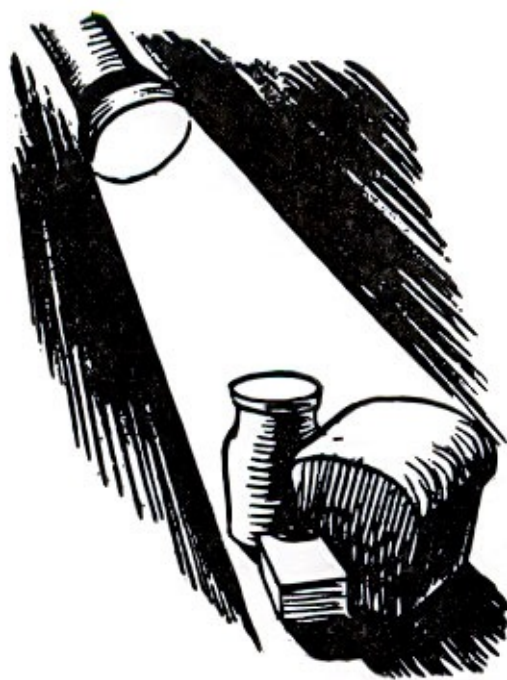
—No he encontrado nada, Guillermo. Estoy seguro de que no hay nadie en toda

la casa. La señorita Wardle ha entrado incluso en la habitación de la señora Sonning, donde la chica podía haberse refugiado, pensando que al lado de su abuela no tenía nada que temer.

—También yo puedo asegurarte que no ha salido nadie de la casa —dijo Guillermo, que estaba visiblemente sorprendido—. ¿Se han llevado algo?

—Sí, cosas de comer. Es incomprensible, ¿verdad?, es imposible que una persona haya entrado en la casa y vuelto a salir sin que la hayamos visto. Se volvió hacia la señorita Wardle.

—Gracias, señorita, y perdone que la hayamos molestado inútilmente. Cómo esa niña (pues no me cabe duda de que es ella) entra en esta casa y vuelve a salir, es un problema que me haría perder el juicio. Y lo mismo me ocurre con la cuestión de dónde se oculta. Hemos inspeccionado palmo a palmo todos los alrededores sin encontrar el menor rastro de ella. Mañana llega su hermano; pero no creo que esto nos aclare nada.



Los policías se marcharon y la puerta se cerró. Se apagó la luz del vestíbulo y apareció otra en el piso, que pronto se apagó también. Era fácil deducir que la señorita Wardle había vuelto a acostarse.

—¿Qué opinas de todo esto, Peter? —preguntó Jack—. Es todo muy extraño, ¿verdad?

—Desde luego —repuso Peter—. Nosotros cuatro, dos policías, y Tomás en lo alto de un árbol, estábamos vigilando la casa. ¿Cómo es posible que Elizabeth haya entrado y salido sin que la viéramos ni oyéramos?

—Un verdadero misterio —dijo Jack—. Esa muchacha tuvo que atravesar el jardín y abrir alguna puerta o entrar en la casa por alguna parte donde vimos la luz de su linterna. Luego tuvo que salir y pasar entre nosotros. Pues bien, ha conseguido



desaparecer sin que nos hayamos dado cuenta. Francamente, no lo entiendo.

—Bueno; vámonos ya —dijo Peter—. Ahora, a dormir. Después de tanto esperar, de tanta tensión y del desencanto que acabamos de sufrir, estoy rendido. ¡Pobre Elizabeth! ¡Qué triste situación la suya! Durante el día ha de ocultarse; por la noche ha de salir a robar la comida. Debe de sufrir mucho.

—Tal vez su hermano pueda ayudar a descubrirla —dijo Colín—. Creo que llegará mañana. En fin, yo me voy a casa ya.

## Mal humor general

Los cuatro niños del Club de los Siete Secretos se levantaron a la mañana siguiente más tarde que de costumbre. Se sentían fatigados tras su larga vigilancia nocturna. Janet estaba en ascuas al ver que Peter no se despertaba, pues ansiaba saber lo que había ocurrido.

—¡Voy a llegar tarde al colegio! —gruñó Peter, de pronto, saltando de la cama—. ¿Por qué no me has despertado, Janet?

—¿Conque no te he despertado? —replicó Janet, indignada—. He empezado por exprimir sobre tu cara una esponja empapada de agua fría. Después he gritado en tu oído y luego he echado a los pies la ropa de tu cama. Finalmente, *Scamper* ha empezado a ladrar a dos dedos de tu cabeza. Me parece que no he podido hacer más. Bueno, ¿qué ocurrió anoche?

—Nada, absolutamente nada —contestó Peter mientras se vestía a toda prisa—. No conseguimos atrapar a Elizabeth. Entró en la casa, cogió lo que necesitaba, volvió a salir y desapareció, sin que ninguno de nosotros la viese, a pesar de que éramos siete los que estábamos vigilando en el jardín... ¡Ya voy, mamá, ya voy!

Bajó la escalera mientras su madre le volvía a llamar, tomó el desayuno de pie y salió en bicicleta hacia el colegio, a gran velocidad. Desde lejos gritó a Janet:

—¡A las cinco y media de esta tarde, reunión! ¡Avisa a Bárbara y a Pamela!



La reunión no fue nada agradable. Habían puesto tantas esperanzas en los planes de la noche anterior, que, al fracasar, se sentían amargamente defraudados.

Pamela acabó de poner de mal humor a los chicos asegurando que si ella hubiera estado en el jardín, habría visto u oído a Elizabeth.

—Si vosotros no la visteis —añadió— fue porque os habríais dormido. De otro modo no se comprende que ninguno de los siete que estabais allí no oyese ni viese absolutamente nada.

—¡Haz el favor de callarte! —le ordenó Peter—. ¡No sabes lo que dices! ¡He dicho que te calles! —repitió muy enérgico viendo que se disponía a seguir hablando.

Pero Pamela añadió tercamente:

—Es que yo me estaba diciendo que si Elizabeth no entró en la casa ni salió de ella, como has dado a entender, no hay duda de que tiene un magnífico escondite dentro de la casa.

—Lo mismo pensé yo —repuso Peter—; pero después, cuando la policía registró toda la casa sin encontrar ni rastro de esa chica, me convencí de que estaba equivocado. Hay que tener en cuenta que la casa es pequeña y no tiene sótanos ni ático. Menos mal que nos enteramos de algo interesante, y es que el hermano que Elizabeth tenía en Francia llega hoy. Tal vez ese joven nos diga algo que pueda servirnos de ayuda.

—Entonces, debéis ir a verlo —dijo Pamela, que aquel día estaba habladora—. Yo le diría todo lo que sabemos de Elizabeth, y, sobre todo, que Tomás la vio en Gorton.

—Ésa es la primera idea atinada que has tenido —respondió Peter. Y se volvió hacia Jack—: ¿Quieres acompañarme? Voy a ver si consigo hablar con ese joven.

En este momento, *Scamper* empezó a ladrar.

—¿Qué diablos te pasa? —le preguntó Peter, al que la mala noche había puesto los nervios de punta—. Si es Sussy, le voy a decir unas cuantas cosas que no le gustará oír. Así no le quedarán ganas de repetir la broma de la maleta.

Sí, era Sussy. Cuando Peter abrió la puerta, se la encontró allí. La chica le sonreía burlonamente.

—¡Salsa de menta! —exclamó la niña con su acostumbrada resolución—. Os aconsejo que me dejéis entrar. Tengo que deciros cosas importantes. Sé dónde está Elizabeth y la vida que lleva.

—¡Tú que has de saber! —exclamó Peter en un arranque de furor, y gritó a Jack—: Llévatela a tu casa, aunque sea a rastras. Y vosotras, Pamela, Janet y Bárbara, ayudadle. ¡Hala! ¡Lleváosla!



Y Sussy se vio de pronto sujeta por ocho manos y arrastrada sin contemplaciones hacia la puerta.

—¡Peor para vosotros! —gritó mientras repartía golpes a derecha e izquierda con pies y manos—. No os diré ni una palabra de lo que sé. Pero ya os convenceréis de que no me equivoco. Y para que veáis que no he olvidado la contraseña, la voy a repetir: ¡Salsa de menta! ¡Salsa de menta! ¡Salsa de menta!

Cuando Sussy desapareció sendero arriba, los siete regresaron al cobertizo. Después del incidente, se sentían más animados.

—Habrá que cambiar la contraseña —dijo Peter, contrariado—. ¿Cómo lo habrá descubierto tu hermana, Jack? ¿No será que la has dicho en sueños?

—No —repuso Jack, todavía furioso—. Debe de haberse escondido cerca de aquí para oírnos cuando nosotros la decíamos. ¡Vaya peste de hermanita que tengo! ¿Creéis que de veras sabe algo de Elizabeth?

—Es imposible que haya podido enterarse de nada —repuso Peter—. Pero oye, Jack, ¿por qué no la metes en cintura? Si Janet hiciera lo que ella, te aseguro que le daría una buena paliza.

—¿Pegarme tú a mí? —Saltó Janet—. ¡Prueba y verás!

—Por lo visto —dijo Bárbara—, todos tenemos un mal día. A los chicos no les ha sentado bien trasnochar. En fin, ¿qué planes hay?

—Sólo uno —repuso Peter, calmándose—. Jack y yo iremos a casa de la señora Sonning para ver si ha llegado su nieto. Sin duda irá allí, sabiendo, como sabe, que su hermana Elizabeth anda por estos contornos. ¡Vámonos, Jack! No quiero que dure ni un minuto más esta desagradable reunión.

## Noticias inesperadas

Cuando Peter y Jack llegaron a «Villa Bramble», oyeron voces en el jardín. Dejaron sus bicicletas junto a la verja y miraron disimuladamente hacia el interior. Entonces vieron a tres personas sentadas ante la casa, bajo el tibio sol del atardecer: la señorita Wardle, una señora de edad avanzada, que sin duda era la abuela de Elizabeth, y un joven de dieciocho años, que parecía muy preocupado.

—Debe de ser el hermano de la chica —dijo Peter—. Subamos al camino que hay frente a la casa. Si la señorita Wardle nos ve, nos llamará.

La señorita Wardle los vio y los reconoció en seguida.

—¿Ve aquellos niños? —dijo a la señora que estaba a su lado—. Son los que últimamente han traído varias cajas de ropas y objetos usados. ¡Eh, venid! ¡La señora Sonning quiere daros las gracias!

Los dos niños se acercaron. Peter saludó y luego dijo:

—Me alegraría de que hubiese tenido usted ya noticias de su nieta, señora Sonning.

—Todavía no sabemos nada de ella —respondió la pobre señora mientras una lágrima resbalaba por su rostro—. Éste es mi nieto Carlos, hermano de Elizabeth. Ha venido de Francia para ver si nos puede ayudar. Elizabeth le quiere mucho, y si se entera de que su hermano está aquí, tal vez deje su escondite para venir a verle.

—Nosotros —dijo Peter— conocimos el otro día a un joven que vio a Elizabeth en Gorton. Sin duda, venía hacia aquí.

—¿En Gorton? —exclamó Carlos—. Gorton no está en el camino de Belling. Bueno; pero lo importante es que la hayan visto. ¿Quién es ese joven?

—Un empleado del picadero del señor Warner —repuso Peter, señalando la cima de la colina—. Nos aseguró que Elizabeth le había dicho que se iba a Francia para reunirse contigo.

—Pero si ella no sabía en qué población de Francia estaba yo. Viajaba continuamente. Incluso la policía tardó algún tiempo en encontrarme. Habría sido una verdadera locura ir a buscarme a Francia sin saber ni siquiera en qué parte del país me hallaba.

—Eso es lo que Tomás me ha contado —dijo Peter—, y no es fácil que lo haya inventado, puesto que no conocía a Elizabeth.

—Iré a verle —afirmó Carlos.

Pero en este preciso instante sonó el timbre del teléfono; su vibrante repiqueteo se oyó claramente en el jardín.

—Ve tú a contestar, Carlos —dijo la señora Sonning—. Tal vez sea algo interesante.

El muchacho entró en la casa. Jack y Peter esperaron pacientemente su regreso. Los dos quedaron sorprendidos al verle salir como un rayo y con un brillo de excitación en los ojos.



—¡Era la profesora de Elizabeth, abuela!

—¿Acaso ha vuelto al colegio o a casa de tu tía? —preguntó la señora Sonning.

—No —repuso Carlos, cogiendo la mano de su abuela—. Pero lo que más nos preocupaba, el asunto del dinero robado, se ha aclarado por completo. Como es natural, no lo robó Elizabeth, sino otra niña. Ésta se ha asustado al enterarse por los periódicos de que Elizabeth no aparece, y lo ha confesado todo.

—¿Y quién es esa niña? —preguntó la señorita Wardle, indignada.

—La que todos temíamos que fuera —repuso Carlos—, la mejor amiga de Elizabeth: Lucila Howell. ¿La recuerdas, abuela? El año pasado estuvo aquí. Cuando vio la caja del dinero en la mesa de la profesora, aprovechó la primera ocasión para apoderarse de ella y la escondió, pensando que ya la abriría cuando tuviera una oportunidad. Al enterarse de que había cerca de veinte libras en la caja, lo que era mucho más de lo que ella había supuesto, y sobre todo al saber que habían dado parte a la policía, se horrorizó.

—Debí sospechar que había sido ella —dijo la señora Sonning—. Nunca me gustó esa muchacha; me parecía demasiado picara y me contrariaba que fuese la mejor amiga de Elizabeth.

—Por lo que me han dicho, envidiaba a Elizabeth, que la aventajaba en todo, tanto en los estudios como en los juegos. Por eso llevó la caja del dinero a su armario. Cuando se registraron los baúles y los armarios de las alumnas que, como Elizabeth, eran internas, y se encontró la caja del dinero sin abrir, Elizabeth estaba en casa de tía Rosa, adonde había ido a pasar el fin de semana. Allí fue a interrogarle la policía.

—¡Pobre Elizabeth! —dijo la señora Sonning—. Pero ella no negó que hubiese robado el dinero.

—Sí que lo negó. Pero no la creyeron. Había estado sola, haciendo un trabajo, en la habitación donde se hallaba la caja del dinero, y esto se sabía. Tía Rosa estaba muy preocupada y la pobre Elizabeth decidió huir. Debí de creer que la iban a llevar a la cárcel o algo así.

—¡Pobrecita! —dijo la señora Sonning—. Pero ahora que todo se ha aclarado, ya



puede regresar. Es triste que esa niña que es un ejemplo de rectitud haya tenido que pasar por semejante bochorno.

—¿Y cómo podremos hacerle saber que todo está resuelto? —dijo la señorita Wardle—. No tenemos la menor idea de dónde puede estar.

—Cierto —dijo Carlos con un gesto de preocupación—. Pero hemos de encontrarla. Al parecer, sólo tenía el dinero necesario para venir aquí en tren. No puede comprar comida ni otras cosas indispensables. Debe de estar escondida en alguna parte, llena de amargura al verse sola y creer que todos estamos avergonzados de ella.

—¡Calla, calla! —dijo la señora Sonning, rompiendo a llorar—. ¡Tanto como la queremos y tan buena como es! ¡Hemos de encontrarla, Carlos; hemos de encontrarla por encima de todo!

—Lo primero que voy a hacer —dijo Carlos— es ir a ver al muchacho del picadero que la vio en Gorton.

Y, levantándose, preguntó a Peter:

—¿Queréis acompañarme?

Tanto Peter como Jack habían escuchado la conversación atentamente y con vivo interés. Peter contestó:

—Te llevaremos al picadero ahora mismo. Estamos satisfechísimos de que todo se haya aclarado.



## Un caso extraordinario

Peter, Jack y Carlos cruzaron la verja y emprendieron la ascensión de la colina, camino del picadero del señor Warner. Los dos niños conducían a mano sus bicicletas. Carlos les era simpático: les recordaba a alguien, aunque no sabían a quién.

Cuando llegaron al picadero, vieron a Enrique, que estaba ensillando un caballo. Peter le preguntó a voz en grito:

—¿Dónde está Tomás?

—¡Pues no lo sé! —respondió Enrique, también a grandes voces—. Yo creo que está limpiando aquellos establos.

—Entraré yo solo en los establos —dijo Peter—. Vosotros podéis seguir adelante, por si está más lejos.

Así lo hicieron. Peter vio a Tomás en uno de los establos. Estaba limpiando un pesebre con un rastrillo.



—¡Eh, Tomás! —le gritó—. Aquí hay un joven que quiere verte.

—¿Un joven? ¿Quién es?

—¿Te acuerdas de Elizabeth, aquella muchacha que viste en Gorton? Pues el que quiere hablar contigo es su hermano Carlos, que acaba de llegar de Francia. Está muy preocupado y...

De pronto, Tomás arrojó el rastrillo, pasó como un rayo junto a Peter y desapareció por la puerta. Peter se quedó atónito. Cuando se recobró y salió del establo, ya no se veía ni rastro de Tomás.

En esto llegaron Jack y Carlos.

—¿Habéis visto a Tomás? De pronto, ha echado a correr y ha desaparecido. No sé qué le ha pasado. Ha sido ahora mismo.

—Hemos visto a alguien que corría —respondió Jack—. ¡Marcharse precisamente ahora que lo necesitábamos! ¿Le has dicho que queríamos hablar con

él?

—Sí; pero no sé si se ha enterado, pues ha dejado el rastrillo y ha salido corriendo sin decir palabra.

Peter estaba todavía desconcertado. Llegó el otro mozo, Enrique, acompañado de la chica que trabajaba en el picadero.

—No hagáis caso a Tomás —dijo Enrique—. Es un poco raro, ¿verdad, Catalina?

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza. Luego dijo:

—No le conozco mucho, pero no me parece mal muchacho. Es un poco huraño, pero nada más.

—¿Adónde se habrá ido? —preguntó Peter—. ¿Sabéis dónde vive? Si nos dais la dirección, iremos a su casa para que este joven le pregunte unas cosas que desea saber.

Pero ni Enrique ni la muchacha sabían dónde vivía Tomás. Por lo tanto, Peter y sus dos compañeros tuvieron que renunciar a su idea.

El mozo y la chica del picadero se disculparon, y Peter dijo a Carlos:

—Podemos volver mañana si te parece. Pero te advierto que no creo que Tomás pueda decirte nada verdaderamente importante. Incluso es posible que su encuentro con Elizabeth sea una invención suya. Tal vez leyó algo sobre ella en los periódicos, y su fantasía hizo lo demás. En verdad, es un chico un poco raro.

—Bien; gracias por todo —dijo Carlos, pensativo—. He de volver al lado de mi abuela. La pobre no acabará de reponerse hasta que encontremos a Elizabeth. Mis padres todavía no saben nada, pero tendremos que ponerles mañana un cable, diciéndoles que vengán. Mi padre está haciendo en China un trabajo muy importante, y no queríamos aumentar sus preocupaciones. La policía creyó que encontraría fácilmente a mi hermana.

—Como no tenía dinero y llevaba el uniforme del colegio —dijo Jack—, cualquiera habría supuesto que darían con ella en seguida. Bueno, adiós y que todo te vaya bien.

Los dos niños montaron en sus bicicletas y se lanzaron colina abajo.

—Me he alegrado mucho de que Elizabeth no haya robado el dinero —dijo Peter—. Aunque no la conocíamos, me parecía muy raro que una persona que tenía fama de honrada y recta hubiera cometido esa mala acción. Y ahora que conozco a su bondadosa abuela y a su simpático hermano..., porque ¿verdad que Carlos es simpático?..., pues ahora que los conozco a los dos, todavía me parece más imposible que Elizabeth sea una ladrona.

—Es un caso verdaderamente extraordinario —dijo Jack—. Y ten en cuenta que todavía no está aclarado, Peter, puesto que no se ha encontrado a Elizabeth. Piensa que ella todavía no sabe que el verdadero ladrón ha confesado.

—Ya lo sé —dijo Peter—. Mañana por la tarde volveremos a reunirnos a la misma hora que hoy. Se lo diremos a Colín y a Jorge cuando los veamos en el colegio. Hemos de explicar todo lo que ha ocurrido esta tarde y trazar proyectos para

el futuro.

—De acuerdo —repuso Jack—. Hasta mañana.

Y haciendo resonar los timbres de sus bicicletas, se separaron. Los dos pensaban lo mismo. ¡Qué pena que Elizabeth no supiese que ya nadie dudaba de ella!

A la tarde siguiente, los siete del club se reunieron en el cobertizo, como de costumbre, deseosos de oír las explicaciones de Peter y Jack. Todos escucharon con emoción lo que éstos dijeron de Carlos, el hermano de Elizabeth, y de la conferencia telefónica que el joven sostuvo con la profesora de Elizabeth.

—¡Qué lástima que ese Tomás no quisiera hablar con Carlos! —dijo Colín—. Tal vez su encuentro con Elizabeth no sea más que una fantasía suya y temiese que el hermano descubriera el embuste. ¿No os parece?

—No —replicó Jorge—. Mi opinión es que él sabe dónde está Elizabeth. Ésa es la explicación de que obre de un modo tan extraño, y por eso huyó al saber que Carlos había llegado: iba a avisarla.

—Tal vez sea así —dijo Peter, tras reflexionar un momento—; quizás sepa Tomás dónde está Elizabeth. Eso es una razón más para que vayamos a verle mañana. Le preguntaremos francamente si sabe dónde está la chica y vigilaremos su casa. Estoy seguro de que, si lo sabe, se lo notaremos aunque lo niegue.

—Le diremos a Carlos que nos acompañe —dijo Jack—. Yo creo que si sospecha que Tomás sabe dónde está su hermana, conseguirá que se lo diga.

—De acuerdo —convino Peter—. ¡Oh! ¡Mañana va a ser un día de emociones!



## La locura de Peter

A la tarde siguiente, los siete miembros del club se trasladaron en sus bicicletas al picadero de Warner. Como al pasar por «Villa Bramble» se encontraron con que Carlos había salido, le dejaron una nota para que pudiera ir a reunirse con ellos si así lo deseaba.

Cuando llegaron al picadero, vieron que en el patio estaban Enrique y Catalina transportando costales de paja. A Tomás no se le veía por ninguna parte.

—Ha pedido al señor Warner que le permita trabajar hoy en los campos de allá abajo —explicó Enrique—. Al pie de la colina lo encontraréis si queréis verle. Hoy está tan malhumorado y gruñón como un viejo.

—Si veis llegar a Carlos —dijo Peter—, decidle dónde estamos. Carlos, como sabéis, es el joven que ayer estuvo aquí con nosotros.

Bajaron de la colina y divisaron a Tomás a lo lejos. Estaba adiestrando a las jaquitas en el prado. Empezaron a llamarle a voces y por señas.

El muchacho se detuvo y se quedó mirando al grupo fijamente. Los saludó con la mano y se acercó a ellos galopando.



—Estoy muy ocupado —dijo—. ¿Queréis algo de mí acaso?

—Sí —repuso Peter, apoyando su bicicleta en la valla y subiendo a lo alto de la



cerca—. Quiero hacerte una pregunta, Tomás. ¿Sabes dónde está Elizabeth Sonning?  
¿Verdad que sí lo sabes?

En el semblante de Tomás apareció una sombra de temor.

—¿Por qué he de saberlo? ¡No sabéis lo que decís!

Acto seguido, golpeó con los talones el vientre de la jaquita y huyó velozmente.

—¡Lo sabe, seguro que lo sabe y no lo quiere decir! —exclamó Jack.

Luego se volvió hacia Peter y se quedó mirándole con un gesto de asombro.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?

Peter tenía una expresión de pasmo, de aturdimiento; daba la impresión de que acababa de recibir un fuerte golpe en la cabeza. Jack le sacudió, inquieto.

—Di, Peter: ¿qué te pasa?

Pero Peter, en vez de contestar a esta pregunta, exclamó:

—¡Claro que sabe dónde está Elizabeth! ¡Nadie en el mundo puede saberlo mejor! ¡Nadie en el mundo puede saberlo mejor! ¡¡Nadie!!

Todos le miraron, sorprendidos. ¿Por qué diría aquello? ¿Se habría vuelto loco? Todos le gritaban:

—¡Peter! ¡Peter!

Pero Peter no respondía. De pronto, hizo algo inesperado: levantó su bicicleta, la pasó por encima de la valla, montó en ella, ya dentro del campo cercado, y empezó a pedalear con frenesí, persiguiendo a Tomás, que seguía galopando en su jaca.

Sus seis compañeros le siguieron con la vista, estupefactos. No cabía duda: Peter se había vuelto loco. De pronto, empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Espera, Elizabeth! ¡Espera, tonta! ¡Tengo que darte buenas noticias! ¡Para, Elizabeth!

—¡Loco, completamente loco! —dijo Jack, francamente asustado.

Y todos sentían el mismo temor. Peter estaba ya muy cerca de Tomás y de su veloz jaquita, y aún seguía gritando:

—¡Todo se ha aclarado! ¿Me oyes? ¡Todo se ha aclarado! ¡Lucila Howell ha confesado que fue ella la que quitó el dinero! ¡Todo el mundo sabe ya que no fuiste tú! ¿Quieres dejar de correr y esperarme para que te lo cuente todo?





Al fin, la jaquita se detuvo, y el jinete esperó a que Peter llegara a su lado. Los seis que se habían quedado junto a la valla penetraron en el cercado llenos de curiosidad.

A Peter le faltaba el aliento, pero siguió hablando.

—Tú eres Elizabeth Sonning; es inútil que lo niegues. La cara de tu hermano me recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Ahora, cuando te he visto desde la valla, la luz se ha hecho en mi imaginación. Todo está solucionado, Elizabeth. Tu nombre está limpio de toda mancha. Mira, ya llega tu hermano. Vamos, confiesa: ¿verdad que eres Elizabeth?

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de la niña.

—Sí, soy Elizabeth. Pero dime: ¿es verdad que Lucila ha confesado que cogió el dinero? Yo sospeché de ella, pero, como no estaba segura, no pude decir nada. Entonces, ¿nadie cree ya que soy una ladrona?

—Nadie —repuso Peter—. Y ahora quiero decirte que admiro tu resolución. ¡Emplearte en un picadero, donde el trabajo es tan duro! Oye: ¿dónde te ocultabas por la noche?

Pero Elizabeth, en la que los otros seis, aun sin quererlo, seguían viendo a Tomás, echó a correr en su jaquita mientras gritaba:

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡Qué alegría tan grande!

Desde el lomo del animal se dejó caer en los brazos de su hermano. Y mientras los dos se abrazaban estrechamente, los «Siete Secretos» se acercaron a ellos, satisfechos y conmovidos. ¡Qué final tan sorprendente había tenido aquel problema que durante tanto tiempo habían estado tratando de resolver!

—Bueno, hermanita —dijo Carlos—, tienes que explicarme muchas cosas. Me has hecho venir de Francia precipitadamente. Todo el mundo andaba loco

buscándote. ¿Dónde demonio pasabas las noches? ¿Cómo te las componías para entrar en casa de la abuela y salir de ella? ¿Porqué...?

—Ya contestaré a todas esas preguntas —repuso Elizabeth entre risas y lágrimas—. Ahora vamos a casa de nuestra abuela. Tengo ganas de darle un abrazo y de decirle que ya ha pasado todo.

—Vamos —dijo Carlos, pasándole el brazo por los hombros. Y añadió, dirigiéndose a los siete del club—: Vosotros también podéis venir. Tenemos mucho que agradeceros y estoy deseando saber cómo descubristeis que este sucio y maloliente mozo de picadero era mi tonta y asustadiza hermana.

## Un desenlace feliz

Salieron todos del cercado y emprendieron la marcha camino abajo, hacia «Villa Bramble». Los siete del club estaban encantados al pensar que todo había terminado satisfactoriamente. Pero su alegría se nubló de pronto, al ver que Sussy venía en dirección contraria acompañada de una amiga, cada una en su bicicleta.

—¡Hola! —les gritó Sussy con su desenfado de siempre—. ¿Habéis aclarado ya vuestro gracioso misterio?

—Sí —repuso Jack—. Un mozo de picadero que decía llamarse Tomás ha resultado ser Elizabeth Sonning. Eso no se te habría ocurrido a ti aunque hubieras estado pensando en ello mil años.

Sussy repuso con un tonillo de presunción:

—¡Pero si yo lo sabía! No os diré cómo lo averigüé, pero lo sabía, ¡vaya si lo sabía!

Y se alejó, diciéndoles adiós con la mano mientras los miraba descaradamente.

—¡Es una solemne embustera! —exclamó Janet—. Estoy segura de que no sabía nada y jamás habría sido capaz de averiguarlo. ¿Tú qué crees, Jack?

—Lo mismo que tú, Janet —repuso Jack, y lanzó un suspiro—. Pero ella seguirá afirmando que lo sabía. Me arrepiento de habérselo dicho.

—Desde luego, has hecho mal —dijo Peter—. Deberías ponerte imperdibles en la boca. En fin, ya estamos en «Villa Bramble». ¡Cómo se va a alegrar su abuela!

Claro que se alegró. Estrechó en sus brazos a la niña de pelo oscuro y cortado a lo chico, la besó y la acarició mientras por su rostro resbalaban lágrimas de felicidad.

La señorita Wardle entró en la casa y volvió a salir con limonadas y galletas. *Scamper*, que, como siempre, estaba al lado de los chicos del club, tembló de alegría al recibir las dos galletas que le correspondieron.



—Ahora explícanos dónde pasabas las noches —dijo Carlos—. Pero oye: esos pantalones de montar son los míos, ¿verdad? ¿De dónde los cogiste?

—De tu armario —repuso Elizabeth—. Yo sabía que nadie se daría cuenta y así ha sido. Pero te advierto que me vienen grandes. Y te los he dejado que no hay por

dónde cogerlos. En cuanto a mi escondite de noche, era el almacén de heno del picadero. Allí no pasaba frío, aunque sólo tenía una manta.

—Una manta que te llevaste de aquí —dijo la señorita Wardle—. En seguida supuse que la habías cogido tú, así como toda la comida que estos días he echado de menos.

—Sí, también la comida la cogí yo. Después de pagar el billete del tren hasta aquí, me sobraron cinco peniques. Éste era todo el dinero que tenía. Me vi obligada a buscar trabajo, y lo encontré; pero tardaría una semana en cobrar y no podía estar tantos días en ayunas. Por eso tuve que venir aquí a buscar comida.

—¡Pobrecita! —dijo la señorita Wardle—. Gracias a Dios, yo comprendí que tú no podías ser una ladrona. Y hacía tartas y pastelillos y los dejaba donde tú los pudieras coger fácilmente.

—Ya me extrañaba a mí encontrar tantas cosas en la despensa. Y precisamente las que más me gustaban. De pronto, Peter le hizo esta pregunta: —¿Por qué inventaste esa historia de que Tomás..., bueno, tú misma, te habías visto en Gorton?

—Lo hice para despistaros. Me dije que si la gente creía que me había ido a Francia para reunirme con mi hermano, nadie podría sospechar que estuviera escondida cerca de casa de mi abuela. Venía aquí para llevarme comida, como ya sabéis; pero también porque necesitaba acercarme a las personas queridas. ¡Me sentía tan sola!

—¿Cómo te las arreglabas para entrar, Elizabeth? —preguntó la señorita Wardle.

—Eso —dijo Carlos—: ¿cómo podías entrar? Y Peter le recordó:

—La otra noche, cuando todos estábamos aquí de guardia, tú estabas con nosotros..., para vigilarte a ti misma. ¡Algo verdaderamente gracioso! Entonces eras Tomás y dijiste que ibas a subirte a un árbol. ¿Te subiste de verdad?

Elizabeth se echó a reír.

—¡Claro que me subí! En ese árbol hay una rama que llega a la ventana del cuarto de baño, y yo la abrí desde fuera, como hacía todas las noches. Puedo enseñarte cómo se hace si me dejas una navajita. Luego había que pasar al interior, cosa que no resultaba nada fácil, pues la ventana es muy pequeña y yo he crecido bastante. Es verdaderamente gracioso: todos estabais esperándome a mí y yo me hallaba en lo alto del árbol esperando el momento más a propósito para abrir la ventana y saltar al interior. Aquella noche me llevé una buena cantidad de comida. Ya sé que visteis la luz de mi linterna en la casa. Cuando el policía estaba llamando a la puerta, yo ya bajaba por el tronco del árbol.

—Y nos pediste que no dijéramos a los policías que estabas allí, porque tus bolsillos estaban llenos de comida —dijo Peter, lanzando una alegre carcajada—. En verdad, eres valiente. Y ágil como una mona.

—Y como mozo de picadero —dijo Elizabeth, poniéndose seria— me porté estupendamente. Tanto, que el señor Warner me dijo que estaba muy contento de mí y que me aumentaría el sueldo si seguía prestando al picadero tan buenos servicios.

¿Puedo seguir trabajando allí, abuela? Es mucho más divertido que ir al colegio.

—No, hijita, no —dijo la abuela con una sonrisa—. Tú volverás al colegio, donde todos te esperan con los brazos abiertos, y estudiarás mucho, y serás la primera en los exámenes, a pesar de que has perdido semana y media.

—Lo que yo quisiera saber —dijo Carlos a Peter— es cómo te diste cuenta de que Tomás era mi hermana.

—Pues ocurrió que, de pronto, comprendí el motivo de que os parecierais tanto.



Entonces todas las piezas del rompecabezas ocuparon su lugar..., pero no sé si tú y tu hermana sabréis lo que esto quiere decir. Temía tanto que Elizabeth huyera cuando te viese, como hizo ayer, cuando la encontré en el establo y le hablé de ti, que, para que no se me escapase, la perseguí en mi bicicleta a toda velocidad, mientras intentaba detenerla con mis gritos.

—Fue para mí una gran sorpresa ver cómo pedaleabas detrás de mi jaquita y oír tus voces —dijo Elizabeth—; pero no puedes imaginarte lo mucho que me alegro de que lo hicieras... Oye, abuelita: cuando venga a verte algún día de fiesta, ¿podrán venir estos muchachos a jugar conmigo?

—Pues claro, hija mía. Verlos será siempre para mí una alegría... En cambio, hay una cosa que me entristece, Elizabeth, y es tu pelo. ¿Por qué te lo has cortado? ¡Era tan hermoso!

—Tuve que hacerlo para parecer un chico, abuela. Me lo corté con las tijeras de las uñas la misma noche que vine por los pantalones de montar de Carlos. Por cierto que también me llevé un jersey. Ahora está tan sucio que estoy segura de que no lo reconoceréis. ¡Qué alegría siento, abuela! Me parece que soy otra persona distinta.

En este momento Peter dijo a sus compañeros en voz baja:

—Vámonos. Dejémoslos solos para que disfruten a sus anchas de su felicidad. Vamos a despedirnos.



Así lo hicieron. También *Scamper* se despidió a su modo: moviendo la cola. Los niños montaron en sus bicicletas y partieron, acompañados por el fiel *Scamper*, que trotaba entre ellos.

—Ha sido un magnífico final —dijo Jack—. ¿Quién podía pensar que la cosa terminara así? Yo estoy tan contento como ellos. ¿Cuándo nos volveremos a reunir, Peter?

—Mañana. Dedicaremos la reunión a celebrar nuestro éxito. Todos tendremos que presentarnos con algo de comer o de beber. Habremos de pensar una nueva contraseña. ¿Se os ocurre alguna?

—«Mozo de picadero» —repuso inmediatamente Jack.

—No está mal —repuso Peter—. Pero soy yo quien debe decidir si se acepta o se rechaza. Vosotros, cuando llaméis mañana a la puerta del cobertizo, decid «Mozo de picadero». Y entonces veréis si el Club de los Siete Secretos os abre o no sus puertas.







ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.